

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 4 — Madrid 5 de Febrero de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.



TENEMOS que cumplir un triste encargo, que es á la vez una deuda del corazón, el de comunicar á nuestros amigos, los suscritores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, la noticia de la inesperada muerte de Doña Ernestina Manuel de Villena, de la señora ilustre que, más noble aun por los timbres de la virtud que por los privilegios de su esclarecido linaje, ha sido, durante muchos años, espejo clarísimo en que se miraban todas las virtudes cristianas.

Dios, en sus inescrutables designios, nos la ha arrebatado en pocas horas, sin que haya visto concluída la Iglesia del grandioso monumento de su caridad, del Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús, dejando sin norte, como tripulación en los azares de una borrasca, á sus dignas compañeras en esta hermosa obra, las señoras de la Asociación del Asilo, sin luz y ejemplo á los íntimos amigos que de cerca la admirábamos, y nuevamente sin madre á los pobrecitos huérfanos que le debían el calor y la vida de este hogar de la caridad cristiana.

Alabemos y bendigamos la voluntad de Dios, que nos acaba de visitar con tan terrible prueba; pero lloremos ¿por qué no? la ausencia de aquella mujer fuerte, en quien veíamos reunidas tan admirables prendas; de aquella heroína de la caridad cristiana que, oculta entre las malezas de esta sociedad corrompida, como la violeta de los campos, esparcía el aroma de las flores del cielo. Todo Madrid aspiraba ese aroma, sin saber muchos dónde se escondía la flor que lo exhalaba; porque la humildad de Ernestina, humildad de corazón y de inteligencia, no apetecía más triunfos que los de Cristo, que no desdenó, para redimir al hombre, ocultarse bajo la forma de esclavo.

Ya no veremos en aquel Asilo, que era para ella un magnífico sermón sobre la Providencia, como nos decía muchas veces, su majestuosa figura destacarse bajo las altas galerías, como la efigie de la Caridad misma; siempre de negro, cual si llevara perpetuo luto á las muchas madres á quienes reempla-

zaba; siempre animosa é incansable acudiendo á todas partes, como la Providencia, de quien era instrumento sublime; siempre pensativa y cavilosa, como embargada con una sola idea, con un sola afán, con un solo entusiasmo, la preocupación natural de una madre, que es la educación y el porvenir de sus hijos.

No vamos á contar aquí, porque ni la premura del tiempo lo permite, ni la aflicción que nos embarga nos dejaría ordenar las ideas, la vida ejemplar de Ernestina, sobre todo desde el día en que se consagró á la obra de los huérfanos; este trabajo se hará, Dios mediante, para consuelo de sus amigos y edificación de los que no la conocieron, y en él se verá palpable la asistencia que Dios concede á las almas que se consagran á su servicio.

Sin abrir el libro de esa vida edificante; sin penetrar en los providenciales secretos de su vocación caritativa; sin revelar aquí las intimidades de su amistad, que ha sido para nosotros tesoro precioso de santa edificación, un hecho salta á la vista, que es como el compendio de su vida y el extracto del aroma de sus virtudes. Ernestina abrazó la santa pobreza de Cristo, despreciando la fortuna que varias veces le brindó con sus triunfos mundanos, y sin embargo, esta pobre voluntaria ha podido reunir para los huérfanos muchos millones de reales, dejándoles como último testimonio del fruto de la limosna, un suntuosísimo palacio que les sirva de dulce y apacible hogar; Ernestina renunció por amor de Cristo á los legítimos goces de la familia y al dulce amor de los hijos, quedando, ella que tenía tanto corazón para amar y tantas prendas para ser amada, reducida á vivir al calor de una amistad noble y generosa; pero pocas madres podrán lisonjearse con la esperanza de ser queridas de tantos hijos como ella, verdadera madre de todos los huérfanos, y de ser despedidas en los umbrales del sepulcro, como lo fué ella en el Campo Santo, por numerosa familia que la lloraba con inmenso desconsuelo, y especialmente por los pobrecitos huérfanos que uno á uno, y alzados por sus maestros, fueron besando y regando con sus lágrimas el cristal que cubría su venerable rostro, que tantas veces les había sonreído hasta reemplazar en su corazón y en sus ojos las sonrisas de la madre que no conocieron.

¡Bendita y adorable Providencia de Dios, que envía al mundo esas criaturas privilegiadas para invitarnos á despreciar las vanas pompas de la tierra, y enseñarnos el camino de los triunfos fecundos y duraderos; de los placeres sin remordimiento, de las riquezas sin fin, del amor sin engaños, del oro de las buenas obras que no lo rebaja la escoria de las pasiones humanas, sino que antes por el contrario, lo aquilata y abriga el fuego purísimo del amor de Dios!

Ernestina ha muerto sin ver concluída la iglesia del Asilo; piadosamente juzgando asistirá á su consagración, que se celebrará pronto, no entre la multitud de los fieles militantes, sino entre los cortesanos del Señor á quien se dedica este nuevo trono en la tierra; ¿habremos de temer que su ausencia de este mundo ponga en peligro la obra de su vida admirable, el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús?

De ningún modo: si Dios ha prestado tan visible ayuda á Ernestina cuando peregrinaba por la tierra, para traer á tal estado la obra del Asilo, ¿hemos de creer menos eficaz la acción de la Providencia hoy que Ernestina asistirá, según esperamos, á los consejos supremos de Dios en el cielo? La que tantas veces ha llamado á la puerta de los ricos pidiendo una limosna para sus pobrecitos huérfanos, llamará en adelante al corazón de los mismos bienhechores y aun de otros que no abrieron antes las puertas de sus casas al llamamiento de la caridad, y la obra del Asilo se llevará á cabo, y vivirá para beneficio de los huérfanos, provecho espiritual de sus bienhechores, satisfacción y consuelo de las señoras que forman su patronato, herederas de la caridad de Ernestina, y gloria, en fin, de su ilustre y venerable fundadora.

El Señor la ha llamado á sí y debemos creer, aunque no alcance á comprenderlo nuestra razón engañosa, que había ya cumplido su misión en la tierra. Inclínemos la cabeza bajo el fallo de la Providencia, y ante el sepulcro de Ernestina, envuelto en la auréola de sus virtudes, repitamos la frase tantas veces reproducida en los de los primeros cristianos.

¡Descansa en paz y ruega por nosotros!

MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

## ADVERTENCIAS

Rogamos á nuestros suscritores que nos dispensen el retráso con que se publica este número, por causa del traslado de las Oficinas de la Administración, la cual se ha establecido en la calle de las Fuentes, número 11, cuarto segundo.

De nuevo suplicamos á los señores suscritores que no hayan renovado sus suscripciones, que lo hagan lo antes posible, ó por lo menos que den aviso de su renovación, para calcular la tirada del tomo corriente.

## SUMARIO

TEXTO.—Advertencias.—Los últimos momentos de Ernestina, por D. Francisco de Cubas.—La Decena, por Blas.—Crónica universal, por X.—Carta de Roma, por D. J. M.—Los niños en Madrid, por D. Valentin Gómez.—Pastoral colectiva de los Obispos de Chile sobre la música religiosa.—Robespierre (crónica dramática del terror), por el Sr. Suarez Brabo.—Consideraciones generales sobre la religiosidad de la isla de Cuba, por D. A. y Z.—La desamortización considerada en su aspecto artístico (continuación), por D. José María Antequera.—Miscelánea.

GRABADOS.—El cadáver de Ernestina depositado, según su voluntad, en el suelo de su habitación.—Conducción del cadáver de Ernestina al cementerio de San Justo.—Depositado el cadáver sobre una mesa, antes de darle sepultura, fueron besando el féretro los niños huérfanos del Asilo.—La obra de Ernestina.

## LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE ERNESTINA

SE refieren con gran fidelidad y sentimiento en la siguiente preciosísima carta, escrita pocas horas después de ocurrir la desgracia, y dirigida á una respetable señora, la cual la ha comunicado, con el encarecimiento que merecían su objeto y su ternura, á varias amigas, inseparables compañeras de Ernestina. Nosotros hemos logrado verla, y creemos no pecar de indiscretos interrumpiendo su circulación privada para darla al público, pues ciertamente la carta, es tan conmovedora como la desgracia á que se refiere, y tan viva y palpitante la descripción, que nos hace asistir y tomar parte en la dolorosa escena, pintada, más bien que referida, con vigoroso dibujo y exacto colorido. Dice así:

Sra. Doña...

Mi buena amiga: ¡Ernestina ha muerto! ¡aquella inteligencia privilegiada, dedicada toda la vida al bien, se ha oscurecido! ¡aquel corazón inflamado en caridad cristiana ha dejado de latir! ¡aquel cuerpo incansable en demanda de auxilio para los huérfanos, yace inmóvil en lecho funerario!

¡Ernestina ha muerto!! ¡Su espíritu ha volado al cielo envuelto en su última plegaria y rodeado de todas sus buenas acciones!

Yo la vi... yo la vi exhalar su último aliento; á su lado estaba su director espiritual confortándola en tan solemne momento, y rodeábanla todas sus amigas, todas sus hermanas, todas las benditas mujeres que habían compartido sus penalidades y gozado en las satisfacciones de su larga lucha de treinta años...

¡Que Dios bendiga á todas...! Transidas de dolor y de esperanza llenas, elevaban entre sollozos y con angustiada y entrecortada voz, una humilde plegaria al Dios de las misericordias, para que la tuviera de su sierva; que tanto le había amado y servido.

Una hora antes de su muerte me llamó... estrechó mi mano, y con voz ronca y profunda, casi incomprensible, me habló de mi familia... de sus huérfanos... de sus pobres huérfanos, que iban á serlo de nuevo...

La hablé... y halló gran consuelo en las palabras que tuve ocasión de dirigirla.

Su voz era cada vez más débil... su respiración más fuerte y anhelante... en su mirada brillaba una expresión de dulzura y resignación que conmovía todo mi sér... ¡quería hablarme más...! Acerqué mi oído á sus labios... no pude comprender sus palabras... reconcentré todo mi sér en mis ojos, los fijé en los suyos y comprendí cuánto quería decir... la rogué no se molestase, pues ya sabía sus aspiraciones, sus deseos respecto de sus hijos adoptivos... prometí cumplirlos y... una alegría sobrenatural cruzó un instante por su angelical semblante.

Quiso seguir hablándome, pero sus labios no pronunciaban sino palabras incompletas é incomprensibles para mí; su garganta sólo emitía chasquidos inarmónicos; su respiración se iba haciendo cada momento más trabajosa, más difícil... y por momentos se extinguía aquella existencia tan bien empleada.

No pude contener mis lágrimas... ni podía pronunciar una sola palabra; abandoné la estancia, y al hacerlo contemplé el rostro de la moribunda, bañado en santa resignación, que se destacaba dulcemente límpido y sonrosado de las blancas almohadas en que reposaba. Sobre su cama sólo se veía un pequeño punto negro y dorado... un rosario, del que pendía una crucecita de tosca madera, en la que estaba clavada una pequeña imagen de Jesús crucificado.

Salí... y en la pieza inmediata me esperaban sus amigas... sus compañeras... sus hermanas... No tuve qué responder á sus demandas: en mi fisonomía leyeron todas, sin duda, mi dolorosa impresión y la pérdida de mis esperanzas... y todas lloraron silenciosamente.

Momentos después, veía arrodilladas y en actitud de orar á su hermana Carolina, á su amiga Isabel (así llamaba á la condesa de Carvajal), la de Egüñor, la de Arrazola, la de Friedrich, las de la Torre, á su Piedad (así me nombraba siempre á la duquesa de Medina de Rioseco), la de Esteban, la de Suárez y no sé quién más... y yo desde un rincón contemplaba conmovido aquel cuadro horrendo, al par que consolador.

El P. Azevedo hacía la recomendación del alma, y todos respondíamos á sus oraciones dirigiendo nuestras súplicas al Señor... La moribunda nos acompañaba con su voz siempre ronca y que se extinguía rápidamente... momentos después todo había terminado.

¡El alma de nuestra buena amiga había volado al cielo!

Dios había querido recibirla sin pasiones, y la arrebató al mundo antes de satisfacer la única que tenía: ver su capilla concluida y acercarse una vez en ella á recibir el pan de los ángeles.

No puedo más... perdóneme usted la incoherencia de estos renglones; quizá la haya molestado... quizá habré sido difuso, pero ni pienso, ni mido, ni leo lo que escribo; siento... y traslado al papel con tosca pluma lo que siente mi corazón.

Suyo afmo. amigo s. s. q. b. ss. pp.,

FRANCISCO DE CUBAS.

28 Enero 1886.

## LA DECENA

LA presente Revista ha de resentirse naturalmente del estado de mi ánimo, abatido por el recuerdo dolorosísimo de la inmensa desgracia que acabamos de sufrir y de que ya tienen noticia los lectores por más autorizada pluma que la mía.

Confieso que pocas veces me he puesto á escribir para el público con más desaliento ni en peores condiciones que hoy, y declaro con ingenuidad que sólo me propongo cumplir mi obligación material de llenar doce ó quince cuartillas de cualquier modo, ya que no me sea permitido renunciar en absoluto á mi tarea, por el respeto que me merecen los suscritores de la ILUSTRACIÓN.

Bajo fatales auspicios hemos salido del mes de Enero, al cual, por varias razones, se suele llamar el mes más largo del año.

Largo ha sido en rigores de todo género y nada escaso en desdichas, que en vano quisiera olvidar. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Hemos entrado, por la ley general de los contrastes, en el mes más breve: *Febrerito el corto*, como le llaman en Castilla; *el inconstante*, como suele apellidarse también, en razón á la poca estabilidad que durante su curso se observa en la temperatura y en los fenómenos atmosféricos.

A estas calificaciones puede agregarse la de *suple-faltas*, porque es el que nos sirve para rectificar la irregularidad que resulta de la división del año en doce meses y en trescientos sesenta y cinco días.

Es también el mes de las expiaciones; quiero decir, pudo serlo en los antiguos tiempos, si nos atenemos á su etimología. *Februarius* le llamaban los romanos, y según el testimonio de Varrón, esta palabra fué tomada del verbo *februare*, que en lengua sabina significaba *hacer expiaciones*.

Por supuesto, que Febrero, á pesar de su corta estatura, es un mes de historia y que ha dado mucho que hablar.

Yo no quiero meterme en su vida privada; pero en cuanto á la pública, sabido es que desde el emperador pagano Julio César hasta el Papa cristiani-

simo Gregorio XIII, ha sido objeto de preferencias y distinciones que no han merecido otros meses más empingorotados. El citado Emperador, ya que no pudo inventar la pólvora (que le hubiera sido muy útil), inventó el *año bisiesto*, porque no sabiendo qué hacer con las seis horas, no cabales, que le sobraban al repartir el año en trescientos sesenta y cinco días, dispuso que cada cuatro años, período en que esas horas sobrantes llegaban á sumar veinticuatro, se formase con ellas un día complementario; y véase por dónde el enánito Febrero pudo añadir á su corturo unos tacones que realzasen su estatura.

El Concilio de Nicea adoptó este procedimiento en el año 325 y decretó que los años bisiestos serían aquellos cuya milésima fuera divisible por 4. Pero siendo en realidad el año trópico de 365<sup>d</sup>, 242264, resultaban cerca de tres años bisiestos de más en cada siglo. Así es que en 1582 había diez días de diferencia entre el equinoccio verdadero y el que señalaba el calendario, y para subsanar esta falta, ordenó Gregorio XIII que se eliminasen diez días del año 1582, saltando del 4 de Octubre al 15, y que en adelante los años de siglo cuya milésima no fuese divisible por 400, se considerasen como años comunes.

No me ocurre más que decir del mes de Febrero.

Y debiera añadir que no se me ocurre nada de nada, no obstante que, cansado de llamar en vano á las puertas de mi memoria para recoger algún suceso de que dar cuenta, he acudido á hojear periódicos y nada encuentro que me parezca digno de comunicarse al público.

Registrar los descarrilamientos de trenes ocurridos en los anteriores días, no sería apuntar ninguna novedad. Vienen siendo, por desgracia, tan comunes esos accidentes en nuestro país, que van cayendo en el talud de la indiferencia pública. Sólo se preocupan de esos siniestros, aquellos á quienes afectan directamente en su persona ó en sus intereses. La generalidad de las gentes encuentra monótonos esos episodios de viaje más ó menos dramáticos: sólo varía el lugar de la catástrofe, el número de vagones destrozados, y la calidad ó cantidad de personas heridas ó contusas.

El descarrilamiento de mañana, no se sabe aún dónde se verificará ni nadie se cuida de averiguarlo.

He leído en algún diario que se piensa pedir al Gobierno la creación de un cuerpo de *Abogados de oficio*. Tan á menos han venido en España los oficios, que ya se los quieren dar hasta á los abogados.

Cuando la gente da en pedir, no se contenta con poco. También se reclama un *Reglamento de porteros*. La idea es buena, y hace mucho tiempo que se ha hablado de ella, como de otras muchas ideas, que por ser buenas no han pasado de la categoría de proyectos. Me alegraré de equivocarme esta vez, como siento haberme equivocado cuando di crédito á otra noticia de los periódicos relativa á la represión de la blasfemia.

También se habla mucho de las medidas que *deberá* adoptar el Gobierno para el caso (que la Sociedad de Higiene considera desgraciadamente probable) de que el cólera, aun latente en algunas localidades, vuelva á desarrollarse en la próxima primavera.

Se habla mucho, en efecto, y este es el motivo más serio que tengo para alarmarme, porque pertenezco al vulgo de las gentes que tienen por seguro que entre el hablar y el obrar hay tanta distancia como entre la retórica y el álgebra.

En el Hospital de San Juan de Dios se alborotaron días pasados las enfermas, y también hablaron mucho y chillaron mucho más.

Las autoridades acudieron, y aunque también hablaron mucho, no convencieron á las amotinadas, que se habían fortificado en la enfermería y pasaron toda una noche en algarazara continua. Por fin, capitularon á la mañana siguiente por falta de víveres.

Como esa clase de motines en esa clase de salas de esa clase de hospitales de esa clase de cortes se viene repitiendo de algunos años á esta parte, no es extraño que el último alboroto haya cogido de sorpresa y desprevenidos á los encargados de mantener el orden dentro del establecimiento; pero si el es-

cándalo se repitiese... No es necesario hablar más del caso, porque, como no se ha de repetir...

\*\*\*

El servicio de incendios en Madrid no debe andar bueno.

Lo digo, porque he visto en los periódicos que se trata de poner los medios para que *mejore*.

Posible es que se consiga, porque casos tan raros como este se han visto, y si el enfermo se mejora, tal vez podrá prestarse a sí mismo, es decir, podrá prestar *servicio* en casos de incendio.

Esto es tan claro como el agua... cuando el agua no viene turbia, como hoy sucede con la del Lozoya.

También se mejorará este servicio, ó mejor dicho, se *aclearará* este asunto; es cosa *corriente*.

\*\*\*

Una festividad religiosa, la del *Dulce nombre de Jesús*, me sirvió de tema para dar principio á mi anterior artículo; otra fiesta cristiana y de las más solemnes que celebra la Iglesia, la *Purificación de Nuestra Señora*, me servirá de asunto para terminar el presente.

Acaso se habían figurado mis lectores que por esta vez se escaparían sin la consabida digresión. Tal era mi propósito; pero está visto que la divagación es en mí algo más que una costumbre; es una manía incurable, y cuando me asalta, no hay más remedio que dejarse llevar de la corriente.

La institución de la festividad que hemos celebrado hace tres días y que vulgarmente llamamos *La Candelaria*, se remonta á una grande antigüedad, y existen varias bulas expedidas por diferentes Pontífices, en las que se prescribe su observancia en términos enérgicos. Estas bulas tenían por principal objeto sancionar la institución simultánea de la *Purificación de la Virgen* y de la *Presentación del Niño Jesús en el templo*, y llevaban, en segundo término, la idea moral y civilizadora de abolir las fiestas llamadas *lupercales* que celebraba Roma pagana el día 15 de las kalendas de Marzo en honor del dios Pan. Estas fiestas eran odiosas á los ojos de los cristianos, por la costumbre que tenían los sacerdotes de los falsos dioses, cuando las celebraban, de recorrer las calles de Roma con antorchas en las manos y completamente desnudos.

Hacia fines del siglo VII, el papa Sergio estableció, en la festividad de la Purificación, la procesión llamada de *las Candelas*, en la cual cada uno de los fieles debía llevar una vela encendida, simbolizando la luz que Jesucristo trajo al mundo, según la expresión del Evangelio: *Lumen ad revelationem et gloriam plebis tuae Israel*.

La presentación del Niño Dios en el templo era, no solamente un acto de espontánea piedad por parte de la Virgen María, su madre, sino también el cumplimiento de la ley especial establecida por Moisés, que prescribía este deber á las recién paridas, en un plazo mayor ó menor, según el sexo á que perteneciese la criatura dada á luz.

La mujer depositaba, para el acto de la *purificación*, la ofrenda de un cordero, una paloma y una tórtola, y en caso de extrema pobreza, bastaba ofrecer dos palomas ó dos tórtolas. El sacrificador daba muerte á una de las aves, mojaba en su sangre una rama de hisopo ó de cedro, rociaba con ella siete veces á la mujer, con lo cual se la declaraba *purificada*, y entonces se daba libertad á la otra tórtola.

Tal era, sucintamente descrita, la ceremonia de la *purificación* entre los judíos y á la que quiso humildemente someterse la Virgen María, como pudiera hacerlo la última de las madres hebreas.

El asunto de la Presentación del Niño Jesús por su Madre en el templo de Jerusalén, ha sido objeto de inspiración artística para muchísimos pintores cristianos, antiguos y modernos.

En nuestras catedrales, en nuestros templos parroquiales, en nuestros museos, se encuentran lienzos, trípticos, cobres, frescos y bajo-relieves, algunos de sobresaliente mérito y ejecutados por grandes maestros españoles, que representan el sublime episodio bíblico de que voy hablando.

Por demasiado conocidos, no haré mención de los cuadros españoles; pero sí diré algo (á fin de alargar un poco esta digresión, que todavía no llena mis deseos) de los pintores que han dejado huellas de su genio y materia de estudio en otros países católicos, tratando este asunto sagrado.

Giotto le desarrolló en uno de sus excelentes frescos de Santa María de la Arena, de Padua.

Lorenzo Mónaco, religioso camaldulense, en un cuadro de cerca de dos metros de alto, que perteneció á la galería del cardenal Fesch en Roma (don-

de pasaba por obra de Giotto), fué después propiedad del marqués de Campana y hoy se encuentra en el museo del Louvre.

Gentile da Fabriano es, según todas las probabilidades, el autor de otro cuadro, que también pasó de la colección de Campana al museo de Nápoles III.

Rafael de Urbino ha ejecutado dos obras sobre el mismo asunto: una á los diecinueve años de edad, en un compartimiento de la *predella* de la *Coronación de la Virgen* para la iglesia de San Francisco de Perusa, y que hoy se admira en la pinacoteca del Vaticano; la otra en un cartón que ha sido reproducido en tapicería.

Vasari tiene un cuadro, acaso el más notable de los suyos, en el museo de Nápoles.

Angiolo Allori, en la catedral de Lucca.

Fra Bartolommeo, en el museo del Capitolio y en la galería del Belvedere.

J. Bassan, en el Belvedere, en la galería de Stafford y en la colección Miles, en Inglaterra.

Giovanni Bellini y Carlo Caliari, en el museo de Berlín.

Domenico Carnevali, en el de Módena.

Carpaccio, en el de Venecia.

El Dominiquino, en la Capilla Nolfi, de Fano.

Jordán, en el Louvre.

L. Grazia da Pistoja, en el museo de Nápoles.

El Guido, en el Belvedere.

B. Luini y Andrés Mantegna, en el museo de Berlín.

Palma el viejo, en la iglesia de San Nazario, de Verona.

El Parmesano, en Génova.

El Tintoretto, en la iglesia de Santa María del Huerto, de Venecia, en el museo de Orleans y en la colección Hamilton de Inglaterra.

El Veronés, en el palacio Pitti y en el museo de Dresde...

Sería interminable la lista, y renuncio á continuar esta reseña iconográfica por no abusar más de la paciencia de mis lectores. Sólo añadiré á las citas anteriores la de una obra maestra de Rembrandt sobre el mismo asunto. Es un cuadro de cortas dimensiones (poco más de dos pies de alto por uno y dos pulgadas de ancho), pero que bastaría para inmortalizar el nombre de su autor. *Fué anexionado* al museo del Louvre como trofeo de las conquistas de Napoleón I y restituído á Holanda en 1815.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL

La política del príncipe de Bismarck respecto de la Iglesia católica es un rompe cabezas para los más hábiles diplomáticos. Mientras escribe cartas afectuosas al Papa y somete al arbitraje pontificio cuestiones como la de nuestras Carolinas, por donde parece iniciarse una era de paz para los católicos alemanes, plantea en las Cámaras del Imperio cuestiones como la de *germanizar* los territorios poblados de polacos, que envuelven un fondo de persecución contra la Iglesia católica. No es posible seguir el pensamiento del célebre Canciller al través de este laberinto de contradicciones.

La cuestión de los polacos, de que ya tienen noticia nuestros lectores, está hoy á la orden del día. En el debate que acaba de celebrarse en el Reichstag, los conservadores y nacionales liberales intentaron defender las medidas del Gobierno. Rickert (progresista), Spahn y Windthorst (del centro católico), el Abad Simonio (alsaciano), y Bamberger (progresista), contestaron con gran energía á los oradores ministeriales.

Windthorst declaró que si es un deber nacional defender las expulsiones, la nación alemana ha generado bastante.

Bamberger echó en cara á los nacionales liberales el no tener el sentimiento de la dignidad nacional y les acusó del rebajamiento en que ha caído dicho partido. Él no es de la opinión de los que dicen que para ser un gran hombre de Estado es preciso acallar todos los sentimientos de dignidad.

Este opinión ha hecho nacer un montón de Bismarcks en miniatura. ¿Qué ha producido — ha dicho — la política de Bismarck? El desarrollo del panslavismo en Austria y la irritación en Rusia, hechos que tarde ó temprano serán seguidos de represalias contra los alemanes en los dos países.

Por último, la mayoría del Reichstag votó la moción de Windthorst, jefe del Centro Católico, concebida en los siguientes términos:

— «El Reichstag expresa la convicción de que

las expulsiones decretadas por el Gobierno prusiano contra individuos rusos y austriacos de origen polaco, no están justificadas ni son conformes á los intereses nacionales del Imperio alemán.» —

Esta discusión decidirá sin duda al Gobierno prusiano á apresurar la presentación del proyecto de ley anunciado en el discurso del Trono y por el cual se tomarán las más rigurosas restricciones contra el establecimiento de polacos no alemanes en la Prusia oriental.

Ahora sólo haremos constar que, gracias á estas expulsiones de que han sido víctimas en gran parte católicos de Polonia, hay más de treinta mil personas que se hallan recorriendo Rusia y Austria sin hallar medios de subsistencia.

Y cuenta que esos políticos que decretan ó defienden tales expulsiones, son los mismos que injurian á nuestros monarcas católicos, porque expulsaron de España á judíos y moriscos, incansables perturbadores de la paz y de la prosperidad de nuestra patria. Las iniquidades del siglo XIX debían hacer enmudecer á los detractores de los pasados.

Esta última idea nos trae á la memoria la declaración que acaba de hacer el famoso Gregorovius, revolucionario alemán, enemigo del Papa, anticatólico rabioso, pero respetuoso para las obras del arte; dice así:

«*Munich 3 de Enero*:—Veo que no estamos de acuerdo en cuanto á deplorar lo que entristece á todo hombre culto. Me refiero al *vandalismo* que ha invadido á Italia desde hace diez años. Sus principales ciudades tan admirables y admiradas por su sello monumental, transfórmanse, en efecto, pero se transforman según el modelo americano, para perder sus seculares maravillas. Nuestros lamentos son justos, pero desgraciadamente inútiles. A pesar de lo cual, es preciso, al menos, protestar.»

Recojamos la palabra escapada á la pluma de Fernando Gregorovius, el anticatólico y racionalista historiador alemán.

La crisis inglesa ha compartido con la cuestión polaca el interés de la última decena.

Gladstone, aliándose con los parnellistas ó irlandeses, ha derrotado á los conservadores en el Parlamento, y el marqués de Salisbury se ha visto obligado á presentar la dimisión, que le ha sido aceptada.

La reina ha encargado la formación del nuevo gobierno al jefe de los liberales, el cual habrá empuñado de nuevo las riendas del poder.

Pero la crisis no queda resuelta con este cambio. Gladstone ha escogido un terreno muy resbaladizo para dar la batalla á los conservadores; la cuestión de Irlanda, la cual le crea graves compromisos para lo por venir. Desde el momento en que se disgusten los parnellistas con él, porque no les conceda todo lo que piden, se aliarán con los conservadores y harán imposible la vida del gobierno liberal.

¿Qué es lo que quieren los parnellistas? Su jefe lo ha declarado en la Cámara; Irlanda quiere tener en alguna forma el gobierno de sí misma. El pueblo inglés es contrario á esta concesión y Gladstone no podrá arrostrar esta corriente aunque se propusiera contemporizar con los irlandeses, que le han dado el triunfo.

La cuestión es más grave de lo que parece.

Cuestión de Oriente.

Los despachos telegráficos vienen alarmantes. Inglaterra, en su propio nombre y en el de los tres grandes imperios del Norte, ha intimado á Grecia el desarme y la quietud, y Grecia desoye la intimación de Inglaterra y las potencias del Norte.

Nadie que conozca los pueblos de que se trata puede creer por un solo momento ni que la Rumelia se sublevara, verificando su unión con Bulgaria, ni que Servia se lanzara á la guerra, ni que Turquía haya permanecido tranquila todo este tiempo cuando ella es la verdadera interesada, ni nada, en fin, de lo que ha sucedido sin el conocimiento ó la connivencia de alguna de las grandes potencias, sino de todas ellas, que, por lo demás, en conferencias y en despachos se presentaban perfectamente unidas y resueltamente contrarias á todo lo que ha sucedido.

Y á pesar de lo terminante de los despachos telegráficos que dan cuenta de la agitación de los griegos, y de la actitud amenazadora de Inglaterra, que aprueban todas las grandes potencias, seguimos creyendo que las grandes potencias sólo tratan de ganar tiempo, pero sabiendo perfectamente que la cuestión de Oriente se impone á todas en Europa, y en Asia, y en Africa, y trabajando y preparándose todos para sacar de la muerte definitiva del enfermo, que es el Imperio turco, el mayor provecho.

Por ahora, pues, no debe darse la menor importancia á lo que ocurre en Grecia. Tal vez los griegos

ataquen á los turcos, que darán muy pronto cuenta de ellos, pero sin ganar otra cosa que un par de acciones, porque esas mismas potencias que intiman á Grecia son las que la formaron sacándola del costado de Turquía, y no consentirán á ésta que des-haga su obra.

El hecho es que continúan los armamentos en Turquía, y que la guerra es inevitable en un plazo más ó menos largo, pero con carácter más general y de más grave trascendencia para Europa.

Frutos de la enseñanza impía.

En la Universidad de Berna, al declararse la guerra á la Iglesia, se creó una Facultad de Teología regentada por los sacerdotes apóstatas conocidos con el título herético de viejos católicos.

En varios años sólo han tenido 46 discípulos, cuya historia relata el periódico del Jura, *El País*.

Uno de los 46 discípulos que aspiraban al sacerdocio se ha hecho sectario; tres, médicos; siete, abogados; 11, relojeros; dos, y entre ellos el hermano del Obispo intruso Herzoy, taberneros; cinco, comerciantes en vinos; dos, se han levantado la tapa de los sesos; otros dos, se han divorciado de sus mujeres; otros han desaparecido perseguidos por los tribunales, y en fin, el menos malo de todos se ha hecho protestante.

Como es el árbol son los frutos; pero los herejes que contando con el Consejo federal idearon lo de la Facultad de Teología, si no han ganado uno solo de sus discípulos, para sus ideas, y sí han probado, con el resultado de sus enseñanzas en los discípulos el valor de sus doctrinas, se han embolsado buenos miles de pesetas, porque la Facultad de Teología ha costado un ojo de la cara.

La enseñanza impía aun como negocio es malo, porque el dinero mal adquirido, malamente se pierde, y así ha sucedido á los herejes de Berna, uno de ellos se ha suicidado por huir de sus acreedores. ¡Si pudiera rehuirse el juicio de Dios!

Con motivo de la celebración del primer Concilio nacional de Australia, extractamos las siguientes noticias de un periódico acerca de los progresos del catolicismo en aquel país.

Se abrió el Concilio el 20 de Noviembre último en la Catedral de Santa María, bajo la presidencia del Cardenal Morán, Arzobispo de Sidney, concurriendo 16 Prelados y numeroso concurso de Abades y otras dignidades eclesiásticas.

Verdaderamente, entre los progresos que el Catolicismo logra todos los días en el mundo, pocos hay que sorprendan tanto como los realizados en el continente australiano. Las victorias obtenidas en la India, en los Estados-Unidos, en Inglaterra, en la península de los Balkanes por el Catolicismo, no son tan extraordinarias como las que ha logrado en la perla de la Oceanía.

Australia, considerada por muchos geógrafos como continente, teniendo en cuenta su extensión de E. á O., mide una longitud de 3.850 kilómetros y de N. á S. de 3.150; su superficie total es de 4.827.000 kilómetros cuadrados; su población la componen 3.466.280 habitantes.

El aumento proporcional de habitantes es mayor en la población católica que en la de los otros cultos; así que es de esperar que, siguiendo tal proporción, dentro de algunos años la mayoría de los habitantes de aquella isla serán católicos.

Desde la fundación de la colonia de Nueva Gales del Sud hasta el año 1839, la población católica componíanla los deportados irlandeses; en 1803 se autorizó á un sacerdote, el P. Dixon, para que celebrara el Santo Sacrificio. El año 1809 salió este Misionero de Australia, y desde entonces los católicos no sólo se vieron privados de todo auxilio espiritual, sino que los ingleses obligaron á los desgraciados irlandeses á asistir á los oficios protestantes bajo la pena de veinticinco latigazos por la primera vez que no concuerrieran; otros veinticinco caso de reincidencia, y la tercera vez que se negaran iban deportados á la penitenciaría de la isla de Norfolk.

En 1817 llegó el P. Jeremías O'Flynn en calidad de Prefecto apostólico; pero reducido á prisión, condujéronle á Inglaterra. Por el año 1819, el P. Therry fué nombrado por el Ministerio inglés Capellán de los presos católicos; en 1821 construyó este celoso apóstol la iglesia de Santa María, y al año siguiente había ya organizado una escuela católica; por entonces vivía en Australia con el sigilo correspondiente, y en calidad de Vicario apostólico, el Dr. Mathome, hoy Obispo de Birmingham. Pero ya el año 1835 nombróse por la Santa Sede á Monseñor Polding, Obispo de Sidney; muchos sacerdotes vinieron á contribuir con sus trabajos al desarrollo de la Religión, y el P. Therry contó entonces con más valiosos elementos.

El nombramiento de Mons. Polding marca el mo-

mento feliz en que los católicos australianos consiguieron del Gobierno inglés la ansiada libertad; erígense diócesis, constrúyense iglesias, y la población católica aumenta, extendiéndose por los lugares habitados por los salvajes.

En 1842 Mons. Polding fué nombrado Arzobispo de Sidney; el doctor Wilson es consagrado Obispo de Robarttown en 1844; el Dr. Murphy es elegido Obispo de Adelaida; en la misma época y sucesivamente, vemos cómo Mons. Brady es elevado á la Silla episcopal de North, y cómo Mons. Geold, de Obispo pasa á Arzobispo de Melbourne, y en fin, cómo en veinte años se fundan ocho diócesis.

En 1865, Mons. Vaghan fué nombrado coadjutor de Mons. Polding; se crearon nuevas Sillas episcopales, tales como las de Gulborn, Armidale, Sandurst y Rockington. En 1881 Mons. Morán, Obispo de Ossory, fué promovido al Arzobispado de Sidney, en reemplazo de Mons. Vaghan, y tres años después el tercer Arzobispo de Sidney fué investido con la púrpura cardenalicia, y consagró al Arzobispo de Dublín. La Iglesia Católica en Australia no lleva todavía un siglo de existencia, y cuenta ya un Cardenal, dos Arzobispos, 12 Obispos, 500 sacerdotes, 700 iglesias, 100 establecimientos pertenecientes á diversas comunidades religiosas, dos universidades, 400 ó 500 escuelas y ¡más de 500.000 fieles!

X.

## CARTA DE ROMA

Roma 30 de Enero de 1886.

Los *Talleres de San José* son aquí un instituto muy parecido al Asilo de Huérfanos, en Madrid, no sólo porque está puesto bajo la dirección de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sino principalmente por estar destinado á la educación civil y moral de los jóvenes pertenecientes á la clase obrera de esta capital. El primer pensamiento de su fundación brotó en 1877 del corazón magnánimo de Pío IX, á quien afligían como á padre los estragos que desde la infesta ocupación de Roma venía haciendo la impiedad, particularmente en las familias más humildes y pobres, brindándoles con trabajo y dinero, precio tal vez de infames apostasías. Pero el gran Pontífice de la Inmaculada hubo de dejar á su augusto sucesor el cargo de realizar su benéfico pensamiento, y León XIII, desde el principio de su pontificado, mostró, en efecto, singular predilección é interés para el naciente instituto de los *Talleres de San José*, en cuya fundación y establecimiento indicó desde luego el *monumento moral* que habían de levantar los católicos á Pío IX. Con tal carácter vino el nuevo Instituto á interesar á los fieles de todo el orbe, y sabido es que en su favor se abrieron suscripciones en varios puntos; pero no intento yo ahora refrescar el llamamiento á la pública y privada caridad, que en su día hizo también en Madrid el conde Servangi, Guardia Noble de Su Santidad y Presidente de la Comisión directora y protectora de dicho Instituto; mi objeto no es más que el que conviene á correspondiente aficionado á cosas de arte, y que escribe para una Revista artística. Pues el jueves de la semana anterior, y en nuestra iglesia nacional de Montserrat, á causa de su proximidad con el Instituto, se repartieron los premios á los jóvenes más aprovechados que trabajan en los referidos talleres; el acto revistió la solemnidad que á los de su género imprime la presencia de un Cardenal protector, de muchos Prelados y Príncipes romanos; también le dió realce un notabilísimo discurso de Mons. D. Luis Tripepi, el afamado polemista que viene publicando interesantes artículos históricos en su excelente Revista *Il Papato*; pero lo que llamó más mi atención, y ahora quiero llamarla á mis lectores, fué la exposición artística, ó sea colección de objetos salidos de los mencionados talleres. El Hermano Olivier, Director del Instituto, tuvo la amabilidad de enseñarme preciosos dibujos que, si no llegan todavía á tener proporciones y nombre de cuadros, sin embargo ya revelan gusto artístico en su autor, y acreditan como buena la escuela de donde salen; hube de detenerme particularmente delante las obras en relieve ó en hueco que expusieron los grabadores, pues había todo un juego de candeleros y dosel para armar una mesa de altar cuando ocurra la solemne exposición llamada de las Cuarenta Horas; un marco para cuadros que parecía hecho en el siglo XVI; varios cofres en madera del mismo estilo; elegantes alacenas y muebles análogos, de los que hoy se acostumbra poner en el comedor de los palacios aristocráticos; además de esto, y sin pasar adelante,

allí estaban las magníficas puertas que han de figurar en el nuevo coro de la Basílica Lateranense, después de concluidas las obras de restauración que ahora se están haciendo en el ábside de San Juan; el dibujo de sus relieves lo ideó el arquitecto Vespignani, pero la ejecución le corresponde dignamente, y da alegría el pensar que no se deben más que á grabadores de quince ó dieciséis años, dirigidos, por supuesto, por el distinguido artista Sr. Garuglieri. No me ocupo en los objetos que exponen los sastres y los zapateros; sólo indico que en la misma sala de nuestra exposición hay también objetos dignos de figurar en las platerías de una capital; y después de mencionada, aunque sólo de paso, la escuela de ebanistas, debo, por último, tributar los merecidos elogios á la elegancia, variedad y perfección de tipos que emplea la *Imprenta de los Talleres de San José*, según se echa de ver en un sinnúmero de libros recién impresos. Todo esto me parece justificar la complacencia que ostentaban los Directores de los talleres, y la satisfacción con que los Prelados y Príncipes romanos constataban los adelantos de los alumnos. Naturalmente, en tal circunstancia yo no pude olvidar el Instituto análogo que ya tiene mi patria, antes bien ensalcé las ventajas de éste, particularmente respecto al local y su distribución; sostuve la competencia que pueden hacer á éstos algunos de los talleres de nuestro Asilo, especialmente los de imprenta y encuadernación, haciendo votos para que el resultado de todos correspondiera á los piadosos desvelos de la Asociación de señoras del Asilo del Sagrado Corazón. Pero al hacer tales votos ¡ay! qué lejos estaba de suponer que la muerte hubiese arrebatado tan pronto la que era dignísima Presidenta de la mencionada Asociación. Supe la tristísima noticia por quien la recibió telegráficamente; no tengo, pues, detalles sobre lo que ha precedido y acompañado al terrible desenlace, pero desde luego comprendo la gravedad de la desgracia, y abundan en los mismos sentimientos cuantos conocieron á la malograda Doña Ernestina de Villena. Para consuelo de sus parientes y amigas puedo decir que al mismo Papa se le hizo presente la gravedad de la desgracia que iban á llorar los pobres de Madrid, y por eso acompañó con un telegrama muy afectuoso y expresivo la bendición apostólica, que la Srta. de Villena debe haber recibido poco antes de fallecer. Por lo demás, yo espero siga la Asociación de señoras en su santa empresa; por si hubiera alguna duda ó vacilación, me parece que no habría más que fijarse en los elogios que hoy me ha merecido la exposición artística hecha por el análogo Instituto de Roma.

J. M.

## LOS NIÑOS EN MADRID

Los padres de familia tenemos más de un motivo serio y hondo para pensar, no ya en el porvenir, sino en el presente de nuestros hijos arrojados á este piélago tumultuoso de Madrid, donde parece que la educación de la infancia está cada día más llena de peligros.

No sé de qué especie de miasmas se ha plagado la atmósfera moral de Madrid en los últimos quince años, que da espanto oír lo que con frecuencia se refiere en periódicos y conversaciones acerca de la criminal precocidad de la nueva generación que viene á sustituirnos en la dramática escena de la vida.

Poco tiempo hace hablaban los periódicos de un niño de diez años que se había suicidado ó había intentado suicidarse ¡por hastío!

Las noticias de otros suicidios de adolescentes por cuestiones de amor propio ó de vanidad estudiantil, son también frecuentísimas, y los horrores que se cuentan de orgías y desenfrenos infantiles, no son para dichas ni aun para imaginadas siquiera.

Los billares, las casas de juegos prohibidos y las letrinas de la prostitución, no se sostienen menos con el libertinaje de los jovencitos de doce á diez y seis años que con la crápula de los hombres corridos y corrompidos; y nadie ignora que en los robos toman casi siempre los niños una parte muy principal.

Por las calles, sean ó no céntricas, apenas se puede ir sin que hiera los oídos de toda persona honrada y decente el lenguaje inundo ó blasfemo de los chiquillos que á veces visten con una pulcritud harto contradictoria de su grosero proceder, y no es caso raro ver á muchachuelos de uno y otro sexo entretenidos en coloquios de tal índole que escandalizarían á un presidiario.

A la Universidad, á los institutos y á los colegios, acude multitud de escolares tan imbuídos en ideas depravadas y tan consecuentes en su manera de vi-

vir respecto de su manera de pensar, que no parece sino que están dejados de la mano de Dios; y tengo para mí que, á pesar del laudable celo de muchos maestros de la niñez, esta generación que brota de los establecimientos de enseñanza, como la que se cría en medio de la calle, va á ser, si Dios no hace un milagro, una verdadera generación de granujas.

¿Por qué? Dejo aparte las doctrinas que algunos profesores descreídos pueden enseñar desde la respetable altura de sus cátedras. Muchos de esos chuelos no han oído nunca á semejantes profesores, y sin embargo, les aventajan en impiedad y en corrupción. Si acaso, los profesores aludidos servirán para confirmar en su desenfreno intelectual y moral á los discípulos que van á los estudios superiores sin un átomo de fe ni de respeto á nada divino y humano, pero positivamente no son ellos los primeros que los corrompen.

Hay un maestro anterior que les enseña toda suerte de depravaciones y al cual es punto menos que imposible oponer eficaz y constante resistencia. Ese maestro no tiene nombre, ni personalidad, ni figura visible y tangible; pero se le encuentra en todas partes, en la plaza y en el café, en el teatro y en los toros, en los círculos políticos y en los literarios y de recreo y hasta en el mismo seno del hogar que no puede librarse de su influjo, ni aun cerrándolo á piedra y lodo. Por llamarle de alguna manera lo llamaremos *degradación pública*, y la definiremos, para que se reconozcan sus rasgos principales: «la suma de inmundicias expuestas á la luz del día por el periodismo ateo, por la literatura pornográfica y por la indecencia de las costumbres.»

Padres de familia cristianos quieren evitar á todo trance que sus hijos se contaminen con las enseñanzas de ese misterioso y diabólico maestro; pero ¿cómo? Si no de primera, de segunda mano reciben al fin ese dón de la ciencia del bien y del mal que perdió á los padres del género humano. Con un solo niño que en el colegio ó en la vecindad haya leído el libro ó el periódico corruptor, ó visto la estampa obscena, ó aplaudido el chiste grosero de la pieza cómica, basta para que todos los demás se enteren y en todos ellos se despierte el apetito de verlo, de leerlo ó de oírlo.

Mas da la feliz casualidad de que vuestro hijo no se ha enterado. Su recogimiento y su afición al estudio y hasta su amistad con los niños mejores del colegio, le han puesto á salvo de ese pernicioso conocimiento de las infamias públicas. ¿Podéis estar seguros de que ha de seguir librándose del peligro? El anuncio, el escaparate, la muda elocuencia de los objetos que se os meten por los ojos á toda hora y en todo lugar, le perseguirán tenazmente por donde quiera que vaya, y como Dios no derrame á torrentes la gracia sobre su corazón, al fin y al cabo la blasfemia y el desorden levantarán sus voces infernales dentro de su alma, y la ruina de sus creencias y de su virtud será tan segura como espantosa.

Es una borrasca continua sostenida por el desencadenamiento de todas las corrientes del aire y del agua, y contra eso no vale ni buque sólido, ni pericia de capitán. Tarde ó temprano el abismo se abre, y sus oscuras fauces devoran cuanto flotaba en la superficie.

Un padre de familia, que ciertamente no peca de escrupuloso, se lamentaba no hace muchos días en mi presencia de esta corrupción general de la niñez, que había penetrado también en el seno de su numerosa familia, sin que hallara modo de evitarlo, y en el colmo de su desconsuelo se expresaba así: «Yo no sé por qué la autoridad se interesa tanto en perseguir los vicios de los hombres, y tan poco en perseguir los vicios de los niños. Créanme ustedes: hoy Madrid tiene más niños desalmados que hombres, y no haría mal el Gobernador de la provincia en poner la misma solicitud en arrancar á la infancia de las garras del crimen y de la inmoralidad, que pone en seguir la pista á los círculos y casinos donde se juega. Y no quiero decir nada de las niñas prostituidas, porque esto eriza el cabello de espanto, y la lengua castellana es demasiado honesta para proveer de palabras con que expresar todo lo que hay de repugnante en este asunto.»

No llevé la contraria al interlocutor respecto de la intervención de la autoridad pública en los desórdenes y pillerías de la infancia; pero yo sabía demasiado que no basta todo el celo del mundo para suprimir los efectos, mientras se dejen en pie las causas que los producen.

Yo supongo que el Gobernador dedica todo su tiempo á registrar garitos y lupanares en busca de niños que corregir; supongo que los reúne á todos en un gran establecimiento — en la Cárcel Modelo inclusive — y que allí, á unos por buenas y á otros por malas, los convence de que deben cambiar de vida, si no quieren terminarla en un presidio. ¿Cuánto tiempo durará la influencia de tales amonestacio-

nes? El que se tarde en entregarlos de nuevo á la acción disolvente de esta atmósfera miasmática en que Madrid está envuelto por virtud de la funesta licencia que se concede al libertinaje literario y artístico, á la vil especulación de las pasiones innobles, al ateísmo y á la pornografía, en fin, bajo todos sus aspectos y con toda la infinita variedad de sus formas.

Ya lo he dicho: se anuncia y se exhibe lo más impío y lo más inmundo que puede concebir la perversidad humana, y tales anuncios y exhibiciones no producen ya escándalo, como si fueran cosa corriente y admitida en el comercio y en las costumbres. ¿Se quiere que los profesores honrados enseñen eficazmente á los alumnos lo justo, lo verdadero y lo bueno? La enseñanza contraria hecha en la calle, en el periódico, en el libro ligero y en el teatro neutralizan los esfuerzos del profesor que cumple con su deber. ¿Se quiere que la autoridad pública persiga á los niños y los encarcele y los castigue, suponiendo que la ley consienta estos castigos en la mayor parte de los casos? Ni fuerza moral tiene siquiera la autoridad para hacer eso, mientras permita el desenfreno docente por los medios literarios y artísticos.

Es preciso, pues, ante todo y sobre todo, sujetar con mano de hierro á los infames mercaderes de la impiedad y de la pornografía, dejándose de complacencias que son tan necias como criminales. Discutan los estadistas cuanto quieran acerca de la mayor ó menor extensión de los derechos de los ciudadanos, y de la mayor ó menor amplitud que debe concederse á las especulaciones de la ciencia; pero no discutan jamás lo que es indiscutible, lo que la humanidad entera ha declarado siempre fuera de los términos de toda controversia, es á saber: que la corrupción no tiene derecho ninguno, y que la sociedad tiene, en cambio, el deber de perseguirla y aniquilarla hasta en sus más ocultas madrigueras.

¡No! no es posible que haya escuela alguna capaz de amparar el crimen, so pretexto de que es una manifestación de la actividad y de la inteligencia humanas; ni hay sectario, por perturbado que esté, que no quiera rodear á la juventud, y sobre todo á la infancia de todas aquellas defensas que las pongan al abrigo de la podredumbre moral. Y como no hay crimen de consecuencias más generales y funestas que la corrupción de la juventud, es lícito suponer que para la generosa empresa de purificar el ambiente que respiran los niños de Madrid no habría de faltar el concurso de los hombres honrados de todos los partidos.

La inolvidable señorita Doña Ernestina de Villena, que está gozando en el cielo el premio de sus extraordinarias virtudes, levantó con el poder y la constancia invencible de su caridad este magnífico Asilo de Huérfanos, puesto bajo las alas amorosas del Sagrado Corazón de Jesús.

Aquella grande alma, inflamada de celeste amor, subvino á una necesidad apremiante construyendo ese edificio que proclama su gloria y eternizará su recuerdo.

Pero hay otros huérfanos en Madrid además de los que viven sin padre ni madre; son los huérfanos de la virtud y de la moralidad; son los desamparados de toda idea del bien, y éstos, que se pierden en las calles y en los tugurios de la corte y contribuyen á perder á otros muchos pertenecientes aún á las clases acomodadas, han menester, no menos que aquéllos, de otro Asilo donde se les enseñe lo que ignoran y donde se les cure de la lepra que corroe sus tiernos corazones.

El asunto es grave y de trascendencia suma, y no da desgraciadamente mucha espera. Los medios legales para corregir el mal son escasos, y por añadidura no se aplican como deben aplicarse y por quien debe aplicarlos.

A grito herido se blasfema en la calle por grandes y chicos y se pronuncian frases de la más subida indecencia, sin que los representantes de la autoridad pongan correctivo ninguno á los escandalosos. Blasfémase y se ofende al pudor igualmente en anuncios, escaparates, libros, teatros y periodiquillos groseros, y la mano de la ley, tan cuidadosa á veces de lo que toca al orden público, no se molesta en cerrar la boca á la blasfemia y á la obscenidad. ¿Qué hacer en tal situación? Suplir las deficiencias del poder político con los admirables recursos de la caridad particular; y esta caridad se enardece doblemente cuando considere que si es obra por todo extremo meritoria recoger al desvalido y sustentar al menesteroso, lo es más todavía salvar á los niños del cenagoso oleaje de la corrupción y del crimen.

VALENTÍN GÓMEZ.

## PASTORAL COLECTIVA DE LOS OBISPOS DE CHILE SOBRE LA MÚSICA RELIGIOSA.

### NÓS JOSÉ MANUEL ORREGO

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE LA SERENA. — NÓS JOAQUÍN LARRAÍN GANDARILLAS POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO TITULAR DE MORTYROPOLIS Y VICARIO CAPITULAR DE SANTIAGO. — NÓS RAFAEL MOLINA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO ELECTO TITULAR DE SINÓPOLIS, VICARIO CAPITULAR DE ANCUD. — NÓS DOMINGO BENIGNO CRUZ, DEÁN Y VICARIO CAPITULAR DE LA DIÓCESIS DE CONCEPCIÓN.

La perfección y decoro del culto divino deben ser el principal objeto de la atención de los fieles servidores de Dios: porque el fin esencial del hombre sobre la tierra es amar y servir á Dios y tributarle culto de la manera que Él mismo lo exige y ordena, y también porque el Espíritu Santo declara que será maldecido el que ejecuta negligente é indebidamente la obra de Dios.

Por esta razón y siendo el canto sagrado uno de los principales medios con que se tributa culto á la Majestad divina, pues con ese fin ha sido establecido por Dios y reglamentado por la Santa Iglesia, hemos juzgado que era propio de nuestro deber pastoral en dar reglas claras y sencillas para la recta ejecución de la música sagrada y de los cantos que se entonan en las iglesias, tanto en los oficios litúrgicos como en las demás funciones que tienen por objeto tributar culto á Dios y honrar á la Santísima Virgen y á los Santos.

El canto sagrado es de institución divina, pues Dios mismo lo ordenó á su pueblo en la antigua ley, y en el nuevo Testamento el Apóstol San Pablo escribe á los efesios estas palabras: *llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros mismos en Salmos y en himnos y canciones espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones* (cap. 5 v. 19.) Y el Apóstol Santiago aconseja en su epístola católica el canto de los salmos juntamente con la oración.

Por lo mismo que es tan santo y respetable el origen del canto sagrado, conviene depurarlo de los abusos que en él se han introducido y que por desgracia no son en corto número ni propios sólo de nuestro país. Estos abusos desnaturalizan el canto sagrado, le hacen perder su carácter religioso y la saludable influencia que debe ejercer sobre las almas atreyéndolas á la piedad y al amor divino, y lo convierten en objeto de distracción y recreo y lo que es peor, en algunas ocasiones, hasta de fuerte incentivo de las pasiones humanas y culpables. Es, pues, grave y estricto el deber que pesa sobre los párrocos, superiores y rectores de iglesias, de cualquiera especie que sean, de tomar oportunas medidas para que la música y canto sagrados correspondan al fin de su venerable instrucción y se ajusten á las prescripciones de la Iglesia.

Y es preciso que los rectores de iglesia y demás á quienes corresponde tengan en este punto una saludable severidad; porque la humana naturaleza tiene una fuerte propensión á buscar en todo el placer y lo que halaga á los sentidos, bastardeando el canto sagrado instituido con un fin puramente espiritual, hasta llegar á convertirlo en diversión del todo profana y sensual. En repetidas ocasiones se han dictado por la Santa Sede y por los Prelados de la Diócesis utilísimas disposiciones con respecto al canto sagrado, las que desgraciadamente han sido poco observadas y aun olvidadas con el trascurso del tiempo.

Por esta razón la Sagrada Congregación de Ritos ha expedido con fecha 24 de Septiembre del año pasado de 1884 una circular á los Ilmos. Obispos de Italia, adjuntándoles un Reglamento sobre la música sagrada vocal é instrumental, mandándolo poner en vigor en aquellas Diócesis. Por nuestra parte, deseando cumplir con el elevado fin que se propone la referida Congregación, y adoptando en cuanto es posible aquellas disposiciones á las circunstancias de nuestro país, venimos en dictar para las respectivas Diócesis de Chile la siguiente ordenanza:

#### I

Reglas generales para la música sagrada, unisona, figurada, vocal, instrumental, permitida ó prohibida en la iglesia.

Artículo 1.º En la misa y demás oficios litúrgicos tendrá el *canto llano* ó unísono el lugar de preferencia que le ha dado la Iglesia.

Art. 2.º Pero es permitida en la Iglesia aquella música vocal *figurada* cuyos cantos graves y piado-

sos convienen á la casa del Señor y á las divinas alabanzas, y sirven, siguiendo el sentido de la palabra sagrada, para excitar á los fieles á la devoción. La composición de la música vocal en forma *figurada* se ajustará á estos principios, aunque sea acompañada del órgano y otros instrumentos.

Art. 3.º La música figurada de órgano debe responder al carácter ligado, armónico y grave de este instrumento. La música instrumental debe sostener noblemente el canto, y no ahogarle con el ruido. Los intermedios originales de órgano y de orquesta deben siempre corresponder á la seriedad de la sagrada liturgia.

Art. 4.º La lengua propia de la Iglesia es la latina y ésta es la que debe ser empleada en la composición musical destinada á los oficios litúrgicos.

Por lo cual, no puede cantarse en castellano durante la misa, la exposición del Santísimo Sacramento, visperas y demás partes del oficio divino litúrgico. Pero la Iglesia tolera la costumbre, introducida en algunos países desde tiempo inmemorial, de cantar en lengua patria, aun delante del Santísimo Sacramento expuesto, algunas oraciones ó himnos devotos. (S. C. de Ritos, 27 de Septiembre de 1864 en una consulta de Nicaragua. — Gardellini, *Comentario á la Instrucción Clementina sobre la oración de las Cuarenta Horas*, § 31, núm. 19.) En esta categoría pueden reputarse entre nosotros el Trisagio en honor de la Santísima Trinidad y el *Ven á nuestras almas* con que se invoca el Espíritu Santo al comenzar las distribuciones piadosas. No estando expuesto el Santísimo Sacramento, puede tolerarse el canto

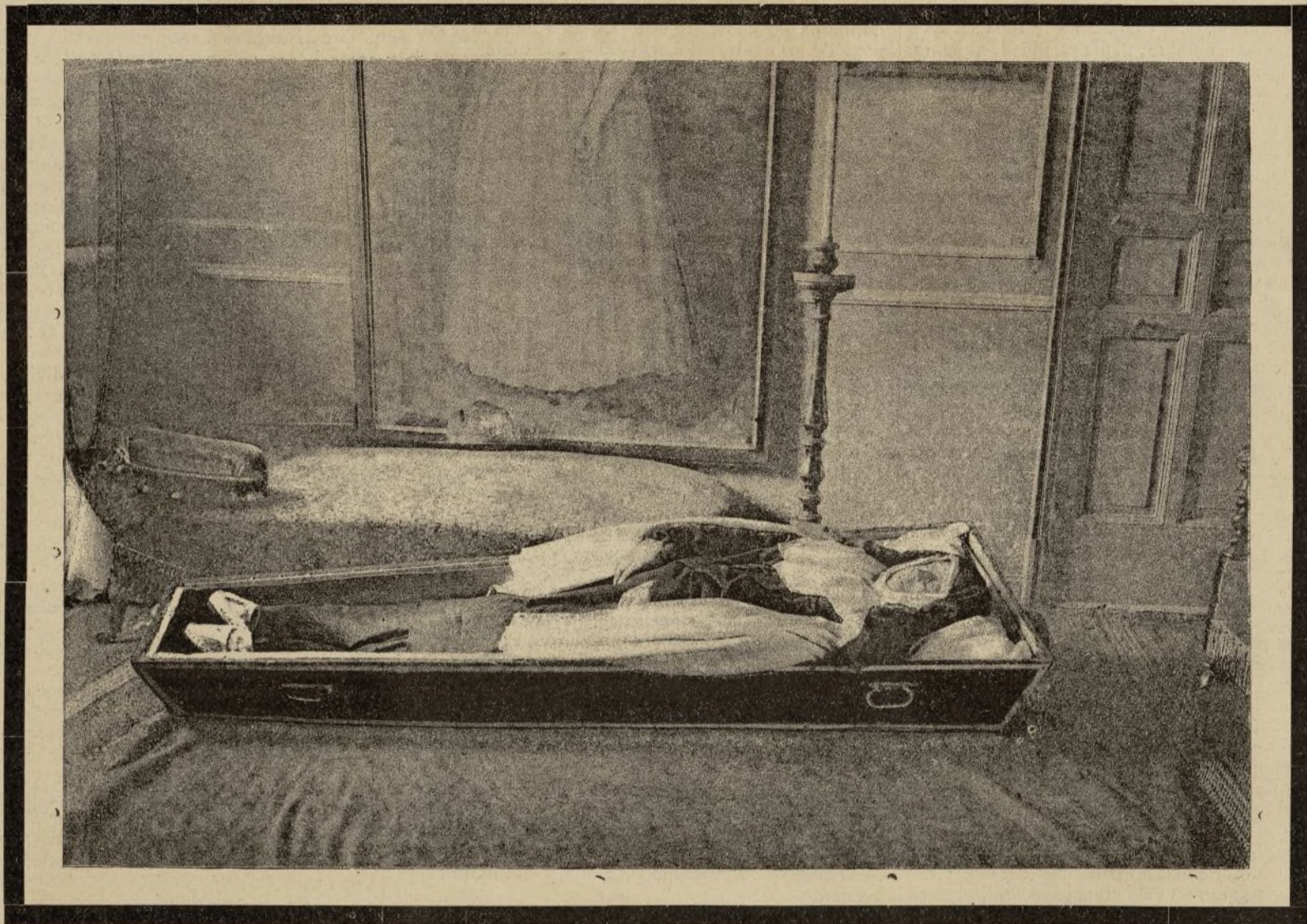
en lengua vulgar, en los piadosos ejercicios del mes del Sagrado Corazón de Jesús, del de María, en las novenas y otros análogos.

Art. 5.º La música vocal é instrumental prohibida por la Iglesia es la que, por su tipo ó por la forma que reviste, tiende á distraer el auditorio en la casa de oración.

## II

Prohibiciones especiales para la música vocal en la iglesia.

Art. 6.º Se prohíbe expresamente en la iglesia toda música vocal compuesta sobre motivos ó reminiscencias teatrales ó profanas, y aquella que sea compuesta en forma demasiado ligera ó muelle, como las cavatinas ó los recitados demasiado vivos



EL CADÁVER DE ERNESTINA DEPOSITADO, SEGÚN SU VOLUNTAD, EN EL SUELO DE SU HABITACIÓN.

(Fotograbado directo del natural.)

á la manera teatral, etc., etc. Se permiten los *solos*, los *duos* y los *trios*, con tal que tengan el carácter de la melodía sagrada y estén ligados al conjunto de la composición.

Art. 7.º Se prohíbe toda música en que las palabras del texto sagrado se omitan aun en la más mínima parte, ó en que sean traspuestas, cortadas ó demasiado repetidas ó poco inteligibles.

Art. 8.º Está prohibido dividir en trozos demasiado separados los versículos del texto sagrado en el *Kyrie*, el *Gloria*, el *Credo*, etc., á costa de la unidad del conjunto, así como omitir ó precipitar el canto de ciertas partes del oficio, tales como las respuestas del oficiante, el *Introito*, la *Sequentia*, *Sanctus*, el *Benedictus* y el *Agnus* en la misa, los *Salmos*, las *Antifonas*, el *Himno* y el *Magnificat* en las visperas. Sin embargo, la omisión del *Gradual*, del *Tracto*, del *Ofertorio* y de la *Comunión* en circunstancias particulares, por ejemplo, por falta de voces, está tolerada, siendo suplida por el órgano.

Art. 9.º Está prohibido mezclar desordenadamente el canto *figurado* y el canto *llano*. Por consiguiente, se prohíbe hacer lo que se llama puntos musicales (puntos de órgano) en la *Pasión*, donde debe seguirse escrupulosamente el oficio litúrgico. Se permite únicamente las respuestas de la muchedumbre en música polifona, bajo el modelo de la escuela romana, particularmente de Palestrina.

Art. 10. Prohíbese todo canto que prolongue los

oficios divinos más allá de los límites prescritos, como sería el medio día para la santa misa y el *Angelus* para las visperas.

Art. 11. Prohíbese también el uso de ciertas inflexiones de voz demasiado afectadas, así como hacer mucho ruido con la batuta y al dar órdenes á los ejecutantes volver la espalda al altar, hablar ó hacer cualquier otra cosa impropia del lugar santo.

Art. 12. Prohíbese, por fin, el que canten mujeres en las iglesias, ya acompañadas de hombres, ya solas, sea en los coros, sea en el cuerpo de la iglesia. Pero no es prohibido, sino al contrario laudable, el que las mujeres tomen parte en el canto popular unísono, en el cual se confunde su voz con la del resto de los asistentes. Mas, en las iglesias pobres y en los lugares en que no hay cantores, el Prelado puede tolerar que canten mujeres, después de asegurarse de la imprescindible necesidad de conceder ese permiso y tomando las medidas necesarias para evitar todo abuso.

## III

Prohibiciones especiales para la música orgánica é instrumental en la iglesia.

Art. 13. El órgano es el instrumento más adecuado para la casa del Señor y el que la Iglesia prefiere en la sagrada liturgia. Por lo cual, las iglesias parroquiales, las de las casas religiosas y las capillas públicas en general, en cuanto sus recursos lo permi-

tan, han de procurar tener órgano adecuado á su extensión é importancia.

Art. 14. Está severamente prohibido ejecutar en la iglesia ni la más pequeña parte de una reminiscencia de obra teatral, trozos de baile de cualquiera especie, como *polka*, *vals*, *mazurka*, *minuet*, *schottisch*, *varsoviense*, *cuadrilla*, *galopa*, *contradanza*, *polonesa*, etc., trozos profanos, como *himnos nacionales*, *cantos populares*, *amorosos* ó *bufones*, *romanzas*, etc.

Art. 15. Se prohíben los instrumentos demasiado ruidosos, como timbales, cajas, tambores y otros. Las trompetas, sin embargo, las flautas, los timbales y otros instrumentos de esta especie que se usaron en el pueblo de Israel para acompañar las alabanzas al Señor, los cánticos y salmos de David, se permiten, á condición de que se usen con moderación y habilidad, especialmente en el *Tantum ergo* y en la bendición con el Santísimo.

Art. 16. Se prohíbe improvisar á *fantasía*, como suele decirse, en el órgano á aquellos que no saben hacerlo convenientemente, es decir, de manera que respeten no sólo las reglas del arte musical, sino las que protegen la piedad y el recogimiento de los fieles...

Art. 17. Deben observarse en la composición las reglas siguientes:

Que el *Gloria* no se divida en muchas partes separadas con *solos* á la manera dramática. Que el



CONDUCCIÓN DEL CADÁVER DE ERNESTINA AL CEMENTERIO DE SAN JUSTO.



DEPOSITADO EL CADÁVER SOBRE UNA MESA, ANTES DE DARLE SEPULTURA, FUERON BESANDO EL FÉRETRO LOS NIÑOS HUÉRFANOS DEL ASILO.

Ayuntamiento de Madrid

*Credo* sea también compuesto todo seguido, y si se divide en trozos concertantes, éstos han de estar dispuestos de suerte que formen un todo perfectamente unido. Que se eviten en lo posible los *solos*, las cadencias teatrales con alarde de voz, por no decir gritos, que distraen á los fieles de su devoción. Y sobre todo que se cuide de conservar las palabras en el orden que ocupan en el texto, sin inversión.

## IV

Reglas para impedir los abusos de la música en la iglesia.

Art. 18. Toda iglesia deberá estar provista, en lo posible, de un repertorio conveniente de música, de canto y de órgano, adaptado á la exigencias de las funciones sagradas ó de su capilla musical propia. Las diferentes piezas se procurará tenerlas encuadradas, de modo que no se deterioren notablemente por uso, reunidas en un lugar seguro bajo la custodia ó responsabilidad del rector de la iglesia ó de la persona que éste designe, é inventariadas detalladamente en un catálogo, dispuesto de manera que pueda aumentarse á medida que se obtengan nuevas composiciones.

Art. 19. El Prelado diocesano nombrará una comisión que vigilará sobre la observancia de esta ordenanza y que se llamará *Comisión de Santa Cecilia*. Se compondrá al menos de tres personas, una de las cuales será el eclesiástico que, con el nombre de *Inspector diocesano de la música sagrada*, la presidirá y se comunicará con el Prelado y con los rectores de las diferentes iglesias.

Art. 20. Corresponde á la *Comisión de Santa Cecilia* auxiliar al Prelado y á los Rectores de las diferentes iglesias para facilitar la ejecución del presente reglamento. Le incumbe especialmente: 1.º examinar por medio de sus miembros y de otras personas competentes las composiciones que deben figurar en el repertorio musical de cada iglesia y poner al pie su visto bueno con el sello ó timbre de la Comisión, la fecha de la aprobación y la firma de su Presidente; 2.º averiguar si se observa esta Ordenanza, dar parte al Prelado de su inobservancia y proponerle las medidas que estime convenientes para su cumplimiento y la mejora de la música en las iglesias.

Art. 21. Al *Inspector diocesano* pertenece; visitar los archivos de música de las iglesias cuando lo estime del caso el Prelado; examinar por sí mismo si se ejecutan composiciones distintas de las aprobadas, y cómo se ejecutan éstas; hacer presente á los Rectores de las iglesias los defectos que observe y pedir instrucciones al Prelado para proceder en los casos difíciles y cuando no basten las luces y las facultades de la Comisión y de su Presidente.

Art. 22. Dentro del año siguiente á la publicación de la presente Ordenanza, los Rectores de las iglesias arreglarán su repertorio de música sagrada y enviarán una copia de su catálogo á la *Comisión de Santa Cecilia*, la cual examinará y aprobará para la ejecución las piezas contenidas en él, si á su juicio lo merecen, dentro del año siguiente. Pasados dos años después de la publicación de esta Ordenanza no podrán ejecutarse en ninguna iglesia composiciones que no hayan obtenido el visto bueno de la *Comisión de Santa Cecilia*.

## V

Disposiciones para el mejoramiento de la música sagrada.

Art. 23. Para preparar el mejor porvenir de la música sagrada en las diócesis de Chile, los Rectores de los seminarios cuidarán de que los alumnos aprendan, no sólo el canto llano, sino también la música *figurada* según los métodos más perfectos y autorizados, y estimularán á los que muestren aptitudes para que se perfeccionen en su aprendizaje, de modo que con el tiempo puedan ser sochantres y profesores de música religiosa. Se empeñarán asimismo para que los alumnos que tengan disposiciones para ello, aprendan la música de órgano y se ejerciten y adiestren antes de salir del establecimiento, de manera que puedan ser organistas de otras iglesias. Para todo esto recibirán las órdenes convenientes del Prelado.

Art. 24. Los Cabildos de las respectivas iglesias cuidarán con todo esmero de la elección de cantores idóneos para su capilla, y de que el maestro ó jefe de ella instruya el mayor número posible de niños, en calidad de seises propietarios y supernumerarios, en el canto llano y figurado, ideando los arbitrios oportunos para interesarlos en permanecer al servicio de la iglesia después que se les haya formado para el canto.

Art. 25. Los Curas párrocos no deben omitir sacrificio para tener el conveniente repertorio de música religiosa para canto y para órgano, así como

para que se adiestren en el canto los niños que puedan servir en la iglesia, tanto de las escuelas parroquiales, como de las otras escuelas, sean públicas ó privadas.

Art. 26. Conviene asimismo que los Párrocos y demás Rectores de iglesias y capillas públicas trabajen en introducir y popularizar el canto unísono ó en común de los fieles que asistan á ellas, especialmente para contestar al sacerdote cuando se dirige en la misa al auditorio, como en el *Dominus vobiscum*, el *Prefacio*, el *Ite missa est*, ó el *Benedicamus Domino*, y en el canto de los himnos con que se expone y cubre el Santísimo Sacramento, y de las Letanías de todos los Santos, Lauretanos y del Santísimo nombre de Jesús.

Art. 27. El presente reglamento será publicado en los diarios católicos de las respectivas diócesis y remitidos á los Rectores de las iglesias y capillas públicas de ellas para su conocimiento y observancia, y se conservará en su archivo con cuidado.

Otro ejemplar del reglamento se fijará en un cuadro en cada iglesia, sea en el coro de los cantores ó en la sacristía, según mas convenga, á fin de que no sea nunca ni por ningún motivo quebrantado.

Dado el día nueve de Diciembre de mil ochocientos ochenta y cinco. — *José Manuel*, Obispo de la Serena. — *Joaquín*, Obispo de Martirópolis, V. C. de Santiago. — *Rafael Molina*, O. E. T. S. V. C. A. — *Domingo Benigno Cruz*, Vip. Cap. de Concepción.

## ROBESPIERRE

CRÓNICA DRAMÁTICA DEL TERROR

## PRÓLOGO

Ocho años antes.

## CUADRO PRIMERO

## Escena primera.

*Plaza de Arras, al amanecer. A la izquierda fachada principal del palacio del marqués de San Germán. Arquitectura del siglo XV. En el fondo la verja del parque, con puerta monumental. Caserio á la izquierda.*

*Maximiliano Robespierre (veinticinco años) vestido con mucho esmero según la moda del tiempo, y de capa, habla con Justina, hija del Marqués (dieciocho años). Robespierre desde la plaza y Justina desde una reja del piso bajo de palacio.*

*Entre la verja y las casas de la izquierda, aparece de cuando en cuando Laban, que espía á los amantes.*

ROBESPIERRE.

¿Cómo pensáis, Justina, que han de acabar estos amores á la española?

JUSTINA.

No lo sé, Maximiliano. Sólo puedo deciros que las pocas veces que consigo hablaros desde esta ventana me cuestan muchas zozobras.

ROBESPIERRE.

¡Oh! Si me amarais...

JUSTINA.

Si no os amase, ¿qué razón tendría para ocultaroslo la hija del marqués de San Germán?

ROBESPIERRE.

Ya lo veo. Pero la desconfianza es natural en quien ama.

JUSTINA.

(Con tono de suave reconvencción.)

No; la desconfianza es natural en el desconfiado, y vos tenéis la desgracia de serlo, Maximiliano Robespierre. ¿No es triste que las escasas veces que haciendo traición á la confianza de mis padres, acudo secretamente á vuestras citas, sea siempre para oír de vuestros labios, en vez de palabras halagüeñas, quejas, recriminaciones y celosas sospechas de todo el mundo?

ROBESPIERRE.

Culpad, Justina, á la violencia de mi pasión y no á mi carácter, que es dulce y sensible. ¿Tengo yo la culpa de ver en todos los que os rodean otros tantos rivales, codiciosos de robarme el tesoro de vuestro cariño? ¡Oh! Aborrezco á esos jóvenes frívolos y brillantes que frecuentan vuestra casa, y si estuviera en mi mano su exterminio...

JUSTINA.

¡Me asustáis! ¿Tan poco crédito os merecen mis palabras?

ROBESPIERRE.

Sois mujer.

JUSTINA.

¿Pero qué prueba os he de dar capaz de llevar la calma á vuestro ánimo, agitado siempre por el recelo?

ROBESPIERRE.

La de ser mía.

JUSTINA.

Pues pedid mi mano. Espero que no me haréis la afrenta de pensar que pueda haber otro medio de poseerme.

ROBESPIERRE.

¡Oh! No, Justina... Ese es mi sueño y la esperanza de mi vida. ¡Pero vuestra orgullosa familia me rechazará!

JUSTINA.

Quién sabe...

ROBESPIERRE.

¿Lo veis? Ahora sois vos la que desconfía. No tengo títulos, ni blasones...

JUSTINA.

Ocupáis una posición honrosa... Sois abogado de crédito...

ROBESPIERRE.

Pero no soy de sangre azul.

JUSTINA.

Continuamente estoy oyendo decir á mi alrededor, que todos tenemos la misma sangre, y que deben acabar los privilegios de casta.

ROBESPIERRE.

¿Y vos lo creéis, Justina?

JUSTINA.

A mí me conviene creerlo, porque deseo que no haya obstáculo ninguno entre los dos.

ROBESPIERRE.

Pero, ¿de otro modo...?

JUSTINA.

Si yo creyera lo contrario, ¿no os daría al abdicar por vos mis ideas, una prueba manifiesta de que os amo?

ROBESPIERRE.

El amante podría darse por satisfecho; el hombre no. Maximiliano Robespierre no admite más superioridad que la de la virtud.

JUSTINA.

Tenéis más orgullo que amor.

ROBESPIERRE.

No, Justina, no me desesperéis. Os probaré que soy menos orgulloso de lo que pensáis, pidiendo vuestra mano, seguro de una repulsa.

JUSTINA.

No lo espero. Mi padre es la misma bondad. Dirigíos á él. La amistad que os une con mi hermano Enrique, y la sospecha, que no puede dejar de concebir al veros dar este paso, de que mi corazón os pertenezca, han de hacer mucha fuerza sobre el suyo. Pero, ¡por Dios! olvidad á Rousseau cuando le habléis. Aunque muy bueno, el Marqués es hombre chapado á la antigua, y en su cabeza no han entrado las modernas ideas de igualdad. El *Contrato social* sería un estorbo para nuestro contrato de boda.

ROBESPIERRE.

Está bien. Al hablarle, sólo me acordaré de vos.

JUSTINA.

Eso es, pensad sólo en mí, y sobre todo no olvidéis que el Marqués es mi padre. Pero el sol comienza ya á iluminar estos lugares y podemos ser vistos. Adiós.

ROBESPIERRE.

¡Justina! ¿Os vais?

JUSTINA.

Es preciso. Valor y esperanza.

(Justina desaparece de la ventana.)

## Escena II.

ROBESPIERRE.

(Solo y paseándose muy agitado.)

¡Mi estrella se ha eclipsado y vuelvo á quedar envuelto en las tinieblas de la duda! Pero lo he prometido... Y ¿quién sabe? Maximiliano Robespierre no es hombre á quien ni el mismo marqués de San Germán se atreva á desdefiar... No soy un hombre oscuro... mi crédito en Arras puede luchar con el del aristócrata más linajudo, y si ese descendiente de los cruzados me rechaza, quizá mañana se arrepienta, cuando la tempestad que ruga sordamente en las entrañas populares... (Deteniéndose.) Si los nobles que tienen el prestigio del nacimiento, se unieran con nosotros, que tenemos la fuerza irresistible de la palabra... Pero no hay que esperar... Son inco-

rregibles... ¡Justina! No sé si aborrezco las diferencias de clase porque son obstáculo para llegar hasta ti, ó si te amo precisamente porque pertenecer á esa odiosa casta privilegiada...

### Escena III.

ROBESPIERRE. LABAN.

LABAN.

(Acercándose.)

Mucho ha madrugado hoy el señor Robespierre.

ROBESPIERRE.

(De mal talante.)

Buenos días, Laban. Un negocio importante me obligó á salir antes de la hora del bufete...

LABAN.

Sí, ya os he visto conferenciar con la cliente... Ella desde la reja y vos... ¿Pero dónde habéis dejado la guitarra?

ROBESPIERRE.

Eres malicioso, como buen curial, pero guárdate de ser indiscreto.

LABAN.

Pues, con peligro de incurrir en vuestro enojo, os anuncio que aunque sois hábil jurisconsulto, ese pleito le perderéis... y con las costas.

ROBESPIERRE.

¡Laban!

LABAN.

Lo dicho. Me duele que un hombre como vos, centro y esperanza de todos los partidarios de las nuevas ideas (y en Arrás, como en toda Francia, somos muchos), no sepa sobreponerse á un amorcillo de estudiante. No hacéis un papel airoso, señor Robespierre, rondando con aire famélico la aristocrática morada de un opresor del pueblo. Si esto se divulga, vuestro prestigio en Arrás sufrirá gran menoscabo.

ROBESPIERRE.

Tu celo, Laban, frisa ya en la insolencia.

LABAN.

Yo soy así. Rudo y franco en mis palabras; pero leal. No puedo ver con paciencia que el hombre á quien todos consideramos como jefe, ponga su popularidad y su reputación á los pies de una muñeca, que probablemente no se propone otra cosa, oyendo con pérfida sonrisa vuestros requiebros, que vengarse del afecto que os profesan los patriotas, y aprovechar una ocasión de humillar al pueblo en vuestra persona.

ROBESPIERRE.

(Receloso y aparte.)

¡Si tendrá razón! (Alto) ¿Tú sabes algo, Laban?

LABAN.

No. Yo no sé nada; pero conozco mucho á esa gente. Para nosotros, para los que no somos de la casta, no guardan más que doblez y perfidia.

ROBESPIERRE.

No, no. Justina es incapaz de falsía. Justina es una excepción entre los suyos... Además, me conoce y no se atrevería... Pero dejemos esto... Tu celo y el afecto que me profesas te han hecho ir más lejos de lo que debías; pero en lo sucesivo guárdate de espiarme y de mezclarte en mis asuntos privados.

LABAN.

Soy espartano y digo lo que siento, guste ó no guste. Temo que esos diablos de aristócratas os corrompan...

ROBESPIERRE.

Mi virtud es incorruptible. Consagrado á la defensa del pueblo, jamás el pueblo tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que en mí ha depositado. Y á propósito, ¿qué dicen las gentes de mi último discurso en la reunión de «Los Amigos de la naturaleza?»

LABAN.

Maravillas, Sr. Robespierre. Dicen que sois un Demóstenes.

ROBESPIERRE.

(Sonriendo con satisfacción.)

Demóstenes no fué inaccesible á la corrupción. Por lo tanto, la comparación no debe lisonjearme.

LABAN.

(Con soplama.)

¿Se enamoró de la hija de algún marqués?

ROBESPIERRE.

¿No has estado tú nunca enamorado, Laban?

LABAN.

(Bruscamente.)

Soy casado y padre de familia.

ROBESPIERRE.

Eludes mi pregunta. ¿No has estado nunca enamorado?

LABAN.

Sí que lo estuve; ¡por Barrabás! Antes que en mi mujer, puse los ojos, como vos, en la hija de un noble...

ROBESPIERRE.

¡Hola!

LABAN.

¿Qué queréis? No tenía ninguna experiencia del mundo...

ROBESPIERRE.

¿Conque pusiste los ojos en la hija de un noble...? Dime, ¿y ella los puso en ti?

LABAN.

Lo que puso... Pero no hablemos de eso, porque se me enciende la sangre...

ROBESPIERRE.

Veo, por el contrario, que te has puesto verde...

LABAN.

De ira. ¡Si hubiera conocido á esa ralea como la conozco ahora!

ROBESPIERRE.

¿Acabarás de hablar?

LABAN.

Pues bien, sí, hablaré; aunque no sea más que para que os miréis en mi espejo... Era una joven á quien tenía ocasión de ver con frecuencia y en la que creí haber hecho alguna impresión... Más que eso... Me figuré que estaba enamorada de mí... Esto me dió ánimo para pedirle una cita.

ROBESPIERRE.

¡Cáspita! ¿Y te la concedió la hija del noble, á ti, plebeyo por los cuatro costados?

LABAN.

Y á mucha honra, Sr. Robespierre... Desciendo del mismo tronco que el rey...

ROBESPIERRE.

Sí, de Adán. Ya lo dijo Voltaire:

El primero que reinó  
fué un soldado con fortuna,  
quien sirve bien á su patria  
no necesita de alcurnia.

¿Conque la hija del noble te dió una cita! ¡No te pondrías poco hueco!

LABAN.

¡Bestia de mí! Era un muchacho y además estaba enamorado.

ROBESPIERRE.

¿De la señorita, ó de sus blasones?

LABAN.

La verdad es que... imbuído como todos en las absurdas preocupaciones inventadas por los curas para esclavizarnos, me inflaba de vanidad al considerarme favorecido, yo, Laban á secas, pobre escribientillo de un notario, por una joven de la casta privilegiada y con un *de* genuino antes de su apellidado...

(Se continuará.)

## CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LA RELIGIOSIDAD DE LA ISLA DE CUBA.

### II

DESPUÉS de haber puesto punto al artículo precedente, me he acordado de que dejé en el tintero la memoria de otros elementos de instrucción y de caridad, oficial el uno, religiosos los otros, pero en que más de una vez ha puesto su mano el Gobierno, y no en sentido bienhechor por cierto, y justo es que al comenzar éste, les dé, subsanando aquel olvido, la primacía en el orden de materias en que he de ocuparme ahora.

El Excmo. Sr. Capitán General, D. José de la Concha, por lo mismo que con tanta perspicacia conoció el daño inmenso que causó la supresión de los conventos, como se ha visto por sus memorias, no podría permanecer ocioso sin adoptar alguna medida que contribuyera á remediarlo en lo posible; porque si no está exento de defectos ese gobernante, nadie le podrá tachar de falta de actividad y de competencia en materias de administración y de celo por empujar hacia adelante el carro del pro-

greso. Así fué que en la época de su mando se planteó un plan general de instrucción pública, la que fomentó hasta con su influencia moral, que la tiene y muy grande la asistencia personal, que él no omitía á los actos de repartición de premios, no sólo en la universidad, sino en los colegios de las comunidades religiosas, con lo que no sólo daba realce á la solemnidad de esas funciones, sino que dándolas buena muestra de su aprecio, las animaba en su ministerio.

Bueno cuanto cabe era ese plan; pero todo en este mundo es corruptible, y pronto comenzó el abuso á torcerlo en cuanto, terminada la época de su gobierno, vinieron otros á sustituirlo, y á título de gracia, y en virtud de las facultades extraordinarias que se han atribuido á los Capitanes Generales, dieron motivo á continuas infracciones de aquella ley, autorizando matrículas tardías, simultáneas de asignaturas, y títulos para ejercer el profesorado, anticipación de exámenes, etc.

Llegó tal abuso á introducir gran desorden en la enseñanza, y como todo desorden tiene maléfica sombra, resintióse, como era natural, aquélla en el orden sustancial, mal que ostensiblemente se reveló de hecho en las inmediatas consecuencias de la infesta insurrección de Yara. Descubierta el daño, el Excmo. Sr. Conde de Valmaseda hubo de ponerle remedio, y le puso con la reforma de 1871, de la que, si bien después cayó parte á consecuencia de las mudanzas radicales habidas en el Gobierno supremo, ha quedado vigente el reglamento que ordena la instrucción primaria. Su fundamento consistía en dar fuerza y vigor en la juventud escolar á los sentimientos religiosos y patrióticos, más que algo enervados á la sombra de aquellos abusos.

Y ya que menciono la instrucción primaria, que tan trascendental es para el bienestar social, no debo pasar en silencio que después de aquella época de decadencia notada al comienzo de este escrito, se establecieron las conferencias de San Vicente de Paúl, de señoras, y caballeros, que, si como primer objetivo de su instituto se proponen la santificación propia por medio de visitas personales á los pobres y su socorro material, no son ajenos á la instrucción de las mismas clases menesterosas, como que es obra de misericordia enseñar al que no sabe, y por lo mismo, uno de los modos de ejercer la caridad. Así es que la de señoras adquirió por compra la casa que en otro tiempo fué colegio del célebre D. José de la Luz Caballero, con sumas recogidas de limosnas, mediante bazares y otros arbitrios lícitos, y en ella fundaron un magnífico colegio de niñas pobres dirigido por Hermanas de la Caridad, y donde hace años se educan más de cien recogidas de las garras del vicio en que muy en fácil peligro de caer está por desgracia la pobreza. Y la de caballeros tiene también un Asilo en que se educa cristianamente un gran número de jóvenes, establecido en una casa amplia debida *gratis et amore* á regalo del señor Canónigo García Velayos, y algo ha llegado á mi noticia de proyectos de mayor ensanche al caritativo pensamiento que inspiró é informa el sostenimiento de este Asilo.

La señoras que forman la asociación de la Beneficencia domiciliaria, sostienen también otro colegio de niñas pobres.

Ya se ve que la caridad se extiende al cuerpo y al alma. ¿Y cómo omitir la existencia de las asociaciones de maternidad, que dirigen su corazón al mantenimiento de los niños expósitos, y la de las madres católicas, que ponen su celo en la santificación de la familia, base del orden social y hermosa esperanza para lo por venir?

Mas hablando de señoras piadosas consagradas á todas estas buenas obras, se me abre la puerta para pasar á ocuparme en su obra maestra, y he de hacerlo tomando el asunto desde su origen. Si en referir su historia, que la sé de buena fuente, descubro algún secreto, ¿qué importa? Si bueno es y justo guardar el secreto del Rey, ¿no es mejor y más justo publicarlo para mayor gloria de Dios, puesto que esta historia muestra á ojos vistos la intervención de la Divina Providencia?

Ya se sabe, en Madrid mejor que en ninguna otra parte, cómo, por qué admirable modo, fundó el reverendo P. Mariano Cortés, de la Compañía de Jesús, las escuelas dominicales, con el fin de instruir y moralizar cristianamente á las criadas de servicio doméstico. Pues bien: visitaba el mismo sacerdote á una señora cubana, á la sazón establecida con su familia en la Corte, con el fin de atender al restablecimiento de su salud quebrantada, y como hubiese llegado á saber que debía volver á la Habana por haber sido agraciado su esposo por el Gobierno con un empleo en ella, se personó en su casa acompañado de otro sacerdote de la misma Compañía de Jesús, y se entabló, después de los saludos ordinarios, el siguiente diálogo:

—¿Es verdad, señora, que se va usted para la Habana?

—Así será, Padre, si Dios quiere.

—Séalo enhorabuena, y vamos a ver si ingerta usted en ella mis escuelas dominicales.

—Con mucho gusto, en lo que de mí dependa.

—Padre Cortés, eso no es posible—habló el otro sacerdote, que conocía bien esta ciudad por haber residido muchos años en ella, tomando parte en la conversación;—las condiciones de aquel pueblo no son las mismas que las de esta Corte, y allí no puede arraigarse esa planta.

—¡Vaya!—replicó el P. Cortés;—que lo intente esta señora, y veremos.

—Será inútil—contestaba aquél.—El servicio doméstico no es allí como el de aquí, y el clima, y el modo de vivir...

—Lo mismo pienso yo—dijo, cortando la palabra a aquel sacerdote, el esposo de la señora.

—Sin embargo, no desisto—dijo el P. Cortés.—Esta es obra de Dios, y todo lo que Dios quiere, se puede. Señora, sea usted valiente; tome usted el reglamento y estos papeles; usted conoce ya prácticamente el modo de ser de estas escuelas, puesto que lleva usted ya tiempo de tomar parte en ellas, y empiece usted la obra: si es del agrado de Dios, le dará incremento y florecerá, y dará su fruto; ya lo verá usted. Conque comiencela usted, y lo demás correrá de cuenta de Dios.

—Verdaderamente—replicaron en coro los demás;—nada se pierde con intentarlo.

Así terminó aquella conferencia, y apenas hubo llegado acá aquella señora, puso manos a la obra con la ayuda de unas pocas amigas suyas, en la iglesia del Cristo. El primer domingo no tuvo la escuela más que una alumna. No pudo ser más humilde su comienzo, pero ya estaba sembrado el grano de mostaza que dice el Evangelio; y que Dios lo aceptaba y le daba su gracia, pronto se vió a las claras. Al domingo siguiente ya se juntaron unas cuantas jóvenes de color, deseosas de instrucción, y al cabo de unas cuantas semanas ya aquel local era insuficiente, y se trató de trasladar la escuela, y se trasladó a la de San Felipe Neri. Era, por tanto, por demás claro, que las escuelas dominicales podían prosperar en esta tierra, y se inauguró formalmente aquélla. Pasaba esto el 12 de Enero de 1882. Hoy cuenta 374 alumnas, y está dirigida por el Rdo. Padre Gil, de la Compañía de Jesús. Titúlase de San José, bajo cuya protección se puso.

Con tan favorable éxito animáronse las buenas señoras, y fijándose en las necesidades del barrio de Jesús y María, trataron de fundar en su parroquia otra escuela, y aunque el espacio de que podían disponer era muy reducido, la fundaron bajo la advocación de Santa Teresa de Jesús, en 28 de Noviembre del mismo año, y dirección del P. Guezuraga, de la Compañía de Jesús. Pronto creció el número de alumnas, y en aquel local apenas cabían, como sardinas en cesto, y se ahogaban de calor. Sin embargo, allí seguían, hasta que el Sr. Obispo, con cuyo acuerdo se procedía, por supuesto, en toda esta obra, cuyo plan aceptó desde el principio con entusiasmo, y la ha protegido y protege con cariño, amándola como a la niña de sus ojos, autorizó a la señora fundadora para comprar una casa, y hecha la compra por tres mil duros, en billetes que puso de su peculio propio el bondadoso Prelado, la escuela ha tomado un incremento grande, como que cuenta 274 alumnas. Hubieron de hacerse algunos gastos para acomodar convenientemente la casa, ascendentes como a 500 pesos oro, y Dios vino en su ayuda. Un sacerdote, varón de Dios, había entregado a dicha señora anteriormente una magnífica escribanía de plata que le habían regalado el día de su santo, y un magnífico reloj de oro, para destinos piadosos, é impetrado su permiso, que lo dió con gusto, para venderlos é invertir su importe en esa escuela, salióse del apuro, no sin algún sacrificio por parte del Prelado, que al anterior agregó ahora su buena parte en pro de la santa obra en que funda él grandes esperanzas para regenerar esta sociedad indiferente, y por ello sé yo que las ha ayudado en esta y en otras veces para compra de libros y útiles necesarios en las escuelas.

Y al poco tiempo, en 21 de Enero de 1883, se abrió otra al amparo y bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús en la parroquia del Espíritu Santo, dirigida por el Rdo. P. Echarriz, de la Compañía de Jesús, la cual cuenta hoy 329 alumnas.

A fines de ese año, en Noviembre, se abrió otra, la de Nuestra Señora de Loreto, en la iglesia del Sagrario de la santa iglesia catedral, bajo la dirección de su párroco P. Echarriz, y cuenta 184 discípulas.

El año siguiente, 1884, no fué menos fecundo. A mediados de él, en el mes de Junio, se estableció en el barrio de San Lázaro, en un salón prestado

*ad hoc* por las Hermanas de la Caridad en el edificio de su noviciado, la de los Angeles custodios que dirige el Sr. D. Domingo Piérola, hermano del señor Obispo, y tiene 176 alumnas.

A los dos meses, en el de Agosto, se fundó la de San Joaquín y Santa Ana en la parroquia del Pilar, bajo la dirección del P. D. Miguel V. López, de la Compañía de Jesús, y tiene 151 alumnas.

Y siguió aumentándose en el año 1885 en que, en el mes de Mayo, se estableció en la parroquia de la Salud la de San Ignacio de Loyola, que bajo la dirección del P. Salinero, de la Compañía de Jesús, tiene 140 educandas.

Y como ya el grano de mostaza se había convertido en árbol frondoso, empezó a extender sus ramas fuera de la Habana. La prensa católica, especialmente el *Diario de la Marina* y *La Voz de Cuba*, propicios y siempre deferentes con las señoras de esta excelente obra, daban publicidad a todas sus fiestas de comunión, y a muchos artículos sobre la importancia social de ella, y a cuantas invitaciones a los padres de familia para que enviaran sus servidores a estas escuelas, que aquéllas les dirigían, y por consiguiente la buena institución era muy conocida dentro y fuera de la Habana. Así es, que las señoras y jóvenes piadosas de la ciudad de Jaruco pidieron el establecimiento de una en su parroquia, y como no era de negarse tal solicitud, se llevó a cabo su deseo inaugurándose aquel plantel bajo la advocación de San Juan Bautista en el mes de Junio. Corre su dirección a cargo de su celoso párroco el P. Cuervo, y cuenta como 100 alumnas.

Una piadosa señora del pueblo de Marianas solicitó también otra en él, y complacida fué, habiéndose acordado y establecido en el mes de Agosto la de Santo Tomás Apóstol, que dirige un padre carmelita de los de esta ciudad, y cuenta 118 alumnas.

Y asimismo, otra del pueblecito del Carmelo ó el Vedado, punto de temporada de baños muy favorecida, pero que de habitantes de estable residencia cuenta mucha población pobre é ignorante, mostró deseos vivos y ánimo de que se fundase allí otra escuela, y se llevó a efecto la décima, bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen, que dirige el P. Fernando, superior de los mencionados carmelitas, y cuenta con 48 alumnas.

No es sin embargo la última. Mal haría yo en cerrar este hermoso cuadro cristiano, sin mencionar que las señoras de la lejana ciudad de Santiago de Cuba, piden también que se les envíe una semilla del frondoso árbol de las escuelas dominicales, y augurio es este de que no ha de ser menos fecundo en el departamento oriental que lo es aquí en sabrosísimos frutos. ¿No lo son el haber arrebatado a la ignorancia y traídas a la luz de Nuestro Señor cerca ya de 2.000 almas, y que hayan ya comulgado por primera vez como 1.000 jóvenes que estaban ajenas de la ley divina?

Es admirable cómo se sostienen tantas escuelas con tan pobres recursos. Redúcense éstos al producto de la suscripción de las mismas socias y de algunos pocos protectores, fuera de los donativos del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, y sin embargo, según se me ha informado va gastada en alquileres de algunas casas, donde la parroquia no tiene local a propósito, en la compra de la antes mencionada, en libros, pupitres, bancos, zapatos, vestidos, velos de primera comunión, etc., la crecida suma de ocho mil y pico de pesos, billetes.

De más está decir que estas escuelas están agregadas a la central de Madrid, y que de su Junta de gobierno dependen en cuanto a la reglamentación é instrucciones de gobierno.

Ahora bien: ¿deberé cerrar aquí este artículo sin invitar a mis lectores a que digan si no es verdad que manifestamente *Digitus Dei est hic*? ¡Oh! no: el Rdo. P. Cortés puede mostrar a la incredulidad este ejemplo como argumento incontestable de la asistencia de la Providencia divina, de la que ha sido fiel instrumento. Pues ¿qué obra humana se forma, vive y crece así? ¿No han salido malos profetas los que le auguraban la esterilidad de ella en Cuba?

¿Cómo por otra parte sin ayuda de Dios puede explicarse el celo, la abnegación, la constancia y fortaleza de estas señoras y señoritas que por amor a Dios desciendan a ser maestras y madres de pobres menesterosas? ¡Oh! Ellas podrán decir bien al fin de su carrera como San Pablo: *Bonum certamen certavi*.

Y por mi parte no he de poner fin a este artículo sino con el párrafo de admiración con que terminé la correspondencia que dirigí al *Diario de la Marina* con motivo de la inauguración de la escuela del Vedado, después de consignar el parabién debido al primer protector de estas escuelas, que es el Prelado, a los directores espirituales de ellas y a todos los que dan su óbolo para su sostenimiento...

«Salí de allí conmovido con la belleza del espec-

táculo de tanto entusiasmo por hacer bien, sin paga y con mucha pena, en esta vida; y al dirigir mi vista al Océano que tenía delante, no pude menos de recordar, y ahora copio, las siguientes bellísimas palabras con que Mr. Landriot, Arzobispo de Reims, pone fin a su cuarta conferencia de las dedicadas a las señoras del mundo: «Señoras, uno de los gratos espectáculos que he gozado en la Rochela, ha sido ver en algunos de mis paseos matinales una multitud de pequeñas embarcaciones que salían del puerto y cubrían la mar, como colocándose en orden de batalla contra un enemigo desconocido que se les acababa de indicar. Felizmente aquella flotilla no se dirigió sino contra los pescaditos. Su aspecto es encantador: las banderolas, la variedad de sus colores, las velas extendidas, los movimientos y ligeros saltos de aquellas pequeñas embarcaciones, todo contribuye a embellecer la vista. Estas flotillas parten, y luego vuelven cargadas de riquezas.» Digamos que el Sr. Arzobispo comentaba aquella frase que se lee en los libros sagrados con referencia a la mujer fuerte: «ella ha venido a ser como el navío de un comerciante que trae de lejos las riquezas,» y continúa: «He ahí, señoras, vuestra imagen; salid, navecillas graciosas, en orden de batalla; id a hacer la pesca de almas, y sean las almas de vuestros hermanos el fruto de la pesca. Para mí será siempre dulce y consolador veros largarse así a la mar, esperaros luego en la ribera agradeciéndolos en Dios el bien que hayáis hecho a nuestros muy amados padres, y pidiéndoles os le devuelva centuplicado.»

No se puede decir como comparación más graciosa y adecuada, lo que sean estas buenas señoras, y por mi parte termino señalándolas al reconocimiento público.

Vedado 28 de Agosto de 1885.

A y Z.

## LA DESAMORTIZACIÓN

CONSIDERADA EN SU ASPECTO ARTÍSTICO.

(Continuación.)

Y hace notar el autor a quien seguimos, que para semejante acto de barbarie no ha habido excusa ni pretexto, porque no había una sola piedra en el palacio pontificio que no estuviese sólida y adherida a las otras como si se la hubiese colocado ayer, habiendo atravesado quinientos inviernos como si fuesen un solo día; de modo que ha sido necesaria la mano infeliz de los poderes modernos para degradar y estropear ese grandioso edificio.

Sobre una roca bañada por el Ariège se eleva el castillo de los famosos y valientes condes de Foix, cuya serie termina en aquel Gastón de Foix, que hubiera sido el último de los caballeros franceses, a no sobrevivirle Bayardo. Quedan en ese castillo tres torres, que gozan en la comarca de una celebridad proverbial. Y para destinar este monumento a prisión, ha sido necesario elevar allí un montón de piedras blancas que tiene forma de cuartel. Las gentes del país dicen con gracia, que a las antiguas torres se les han puesto gorros de algodón.

También la célebre abadía de Eysse, cerca de Villeneuve d'Agén se ha transformado en casa de detención, destruyéndose para ello dos iglesias; una, la de los religiosos, célebre por su belleza: otra, la de la parroquia, que tuvo la desgracia de encontrarse en el límite de las nuevas construcciones.

Hay en Burdeos una admirable torre llamada de Peyberland, que levantó, en un arranque de entusiasmo, Pedro Berland, hijo de un pobre labrador de Medoc, que por su gran piedad y sabiduría llegó a ser Arzobispo en la localidad. Esa magnífica pirámide excitó las iras de los terroristas, que contrataron su demolición; pero la torre se resistió de tal modo a ser destruída, que después de quitarle la flecha hubo que rescindir el contrato. Así deshonrada y despojada de todos sus adornos de arte, que eran ricos y caprichosos, subsiste hoy, sirviendo, como otras dos de Francia, para fábrica de perdigones, en vez de servir al pensamiento cristiano de señalar el camino del cielo como el único y verdadero destino del hombre.

En Villeneuve d'Agén, sobre una altura que domina la corriente del Lot, se elevaba el castillo de Puols, uno de los más vastos y magníficos monumentos de la Edad Media, que, habiendo sobrevivido a la revolución, había llegado a ser propiedad del Municipio. Este proyectó un día ensanchar la cárcel de Eysse, próxima a la ciudad: faltaban materiales para la obra; ofreció un contratista comprar y demoler el castillo, destinando las piedras al ensanche de la cárcel, y su proposición pareció aceptable y venta-

josa, versando sólo la cuestión sobre el precio, que al cabo se fijó en 1.800 francos. Por 1.800 francos, pues, echó á tierra el Ayuntamiento aquel magnífico é histórico edificio.

La hermosa catedral de San Esteban, en Agen, se derribó porque costaba mucho repararla. Sólo quedaron en pie los pilares góticos, como testimonio del vandalismo de las autoridades. El sagrado recinto se destinó á mercado de animales, y los materiales de la iglesia se han empleado en un teatro. Con San Marcelino, en el Delfinado, no se emplearon tantos rodeos. El Ayuntamiento se apoderó de una de las dos iglesias que había en la ciudad, para convertirla en salón de espectáculos.

En Saint-Savin, cerca de Pierrefite, en los Pirineos, acaba el Ayuntamiento de echar por tierra una iglesia de arquitectura romana, muy antigua y de incontestable mérito, para hacer una plaza.

La destrucción de la abadía de Saint-Bertin, en Omer, ha alcanzado celebridad en Francia, gracias á M. Vitet. Pero lo que la generalidad no sabe; y lo aseguran sin embargo, vecinos respetables de la localidad, es que la destrucción tuvo por principal causa quitar la sombra que proyectaba sobre los tulipanes del huerto que allí tenía uno de los individuos del Ayuntamiento.

Hay en Moissac una abadía célebre, así por sus recuerdos históricos como por la belleza de su iglesia y claustro. El Ayuntamiento se apoderó del claustro; hizo aserrar una por una sus admirables columnas para llevarlas á otra parte, y aun se cree que para hacer un mercado. Ni se salvó tampoco la iglesia de aquella profanación. Su fachada, una de las más curiosas páginas que el arte misterioso de la Edad Media trazó en el Mediodía, le pareció al señor teniente alcalde que necesitaba de algún revoque, y aprovechó una ausencia del alcalde para pintarla de azul.

La abadía de Arthous, cerca de Hastings, en el departamento de las Landas, es una de las más antiguas de Francia. Restauróse más de una vez desde el siglo xvi al xviii. La revolución lanzó de ella á la comunidad y vendió el edificio, que hoy pertenece á la familia de Artigue. La iglesia está convertida en granero, cortada al efecto por un piso de madera puesto á la mitad de su altura. Donde estaba el altar mayor hay una puerta. En la capilla del lado de la Epístola, sobre la tumba de los priores, funciona la prensa del lagar. El refectorio sirve de leñera y gallinero. La fuente de mármol donde los religiosos se lavaban las manos, se destina á colocar las mazorcas secas de maíz que se guardan para encender el fuego. Tal ha venido á ser el estado de este hermoso y por tantos títulos venerable edificio.

Entre las ciudades que más se han señalado por estos actos de vandalismo, figura en Francia la de Tolosa. Por lo pronto, la revolución dejó allí huellas de su paso más duraderas que en otras partes: y como además se han conservado en Tolosa los templos, destinándolos á usos profanos y viles, esto perpetúa la memoria del sacrilegio. La iglesia de los Franciscanos, construída en el siglo xiv, célebre por sus frescos, su cristalería de colores y otras riquezas, se ha destinado á almacén de forrajes. Basta esta indicación para que se comprenda cuánta degradación se ha hecho sufrir á tan hermoso templo. Los que entran allí, por gracia de algún palafrenero, pueden admirar la elevación y la gallardía de las bóvedas; pero nada más, porque lo que se ha hecho para adaptar el templo á tan vil función, lo ha afeado mucho. La iglesia de los Jacobinos ó Dominicos, con dos naves de prodigiosa altura, tan celebradas en todas las descripciones de Tolosa, se dió á la artillería, que ha establecido en la parte inferior una cuadra, y distribuído lo restante en graneros y cuartos. Sólo se puede juzgar de lo que era por el exterior, y sobre todo por su admirable torre, que aun subsiste, y es la mejor de Tolosa. La iglesia de los Agustinos, que es otro de los grandes monumentos monásticos de esta ciudad, ha sido transformada en museo; y además de la profanación, ha sufrido la iglesia, que es del arte ojival, alguna extravagante innovación para que sirva de salón de pinturas.

Hay en Pamiers una catedral, cuyo campanario de cúspides triangulares tuvo Mansart el buen gusto de conservar cuando reconstruyó la nave conforme al estilo del siglo xvii. Pero este campanario no ha podido sustraerse á la acción de un embadurnador oficial, titulado arquitecto del departamento, que vino expresamente á la población para pintarlo de color de rosa.

Nombróse hace algunos años <sup>1</sup> bibliotecario en Amiens á un hombre que había sido siempre extraño á la carrera. Viendo que los manuscritos en folio de la biblioteca no cabían en los huecos de los estan-

tes, le pareció lo mejor cortarlos. Y es en verdad lisonjero para la Francia ilustrada y regenerada, dice á este propósito Montalembert, haber hecho la segunda edición de aquel rasgo de los cosacos, que al transportar á San Petersburgo la biblioteca de Varsovia ó de Vilna, cortaron por la mitad los libros que por demasiado grandes no cabían en sus cajas.

Mientras se contemplan tales hazañas, se lee en los diarios ingleses que el Consejo municipal de Chester gasta todos los años sumas considerables para conservar en perfecto estado las antiguas murallas de la ciudad, y que la Junta provincial (*County meeting*) de York ha resuelto que el antiguo castillo de la ciudad, que amenazaba ruina, se reconstruya conforme en un todo al mismo plan y estilo que tiene.

Materia abundante nos daría aún para estas noticias la historia del vandalismo moderno y de sus hazañas en el mundo. Pero no proponiéndonos alargar este asunto por lo que hace al extranjero, aquí terminaremos este capítulo, reservando para el siguiente lo que se refiere á España.

Hemos dado noticia de los conventos é iglesias destruídos ó profanados en España, hasta el número de más de 650, que por una estadística recientemente publicada nos es conocido; pero sólo hemos mencionado sus nombres, y aún esto respecto á los de Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla; que en cuanto á los demás, nos hemos limitado á indicar su número. Y aunque esa enumeración dará idea de lo que ha sido en España el vandalismo moderno con relación á la Iglesia, añadiremos algunos pormenores, fijándonos en los templos que pudiéramos decir, no ya que tenían, puesto que los tenían todos, sino que ostentaban títulos especiales á la consideración pública y al respeto de los Gobiernos, cualesquiera que fuesen sus ideas, porque las glorias y tradiciones de la patria á todos deben merecer igual aprecio.

Hace pocos años existía aún la más antigua de las parroquias de la Corte. *Santa María*, situada al fin de la calle Mayor; era de venerable antigüedad, y la primera donde se predicó el Evangelio en Madrid. Por tan respetables títulos, tenía esta iglesia la precedencia entre todas las de la capital; pero descomponía un poco la alineación de la calle Mayor, y los niveladores modernos no podían perdonarle tan grave culpa. Las glorias y los recuerdos patrios importan poco tratándose de alinear una calle; y denunciada ya de antemano para el sacrificio en expiación de su culpa, cayó al fin por tierra, derribada por la revolución de 1868.

Don Bernardino de Velasco tenía en 1745 una casa en la calle de San Marcos, cuyo salón principal era teatro. El piadoso varón levantó allí la parroquia de *San José*; y, procediendo en sentido opuesto á los tiempos modernos, convirtió en iglesia su salón de teatro. Pero las iglesias no merecen hoy el respeto que los teatros. Aquella vino á tierra, por lo cual se trasladó la parroquia al Carmen Descalzo, situado en la calle de Alcalá. La generación actual ha querido sin duda vengar el atropello que con su teatro cometió D. Bernardino, y le ha arrimado un teatro á la nueva parroquia. — ¡Un teatro al lado de una iglesia! exclamaba con admiración un hombre de mundo, pasando hace años por allí con el que esto escribe. — ¡Pues ahí verán ustedes!, diremos nosotros. ¿Existe, por ventura, hoy el sentimiento del respeto en alguna de las esferas de la sociedad y de la familia?

*Santo Domingo el Real* era en Madrid un templo justamente apreciado. Fundóse en 1217. Había contado entre sus prioras, á doña Constanza de Castilla, cuyo sepulcro estaba allí, como también los de D. Pedro de Castilla y doña Berenguela. La obra del coro era de Juan de Herrera. Conservábase en el convento la pila en que Santo Domingo de Guzmán fué bautizado. Ninguno de estos títulos, ni todos ellos juntos, le han valido para poder subsistir. Sin saberse por qué, puesto que no se ha continuado el ensanche que parecía dar pretexto al derribo, vino también al suelo después de la revolución de Septiembre de 1868.

<sup>1</sup> Véase por el *Diccionario* de Madoz, al que copiaremos literalmente, cuán accidentada y lamentable es la historia de las vicisitudes por que la desamortización ha hecho pasar al monasterio é iglesia de San José, que reemplazó la derruida parroquia de su nombre:

« Este convento se distribuyó del modo siguiente: la iglesia fué cedida para parroquia de San José por Real orden de 20 de Julio de 1842, con 10.668 pies más de terreno para habitación de sus sirvientes. La parte alta del local que ocupó el café de Cervantes fué cedida á las oficinas de Hacienda militar en virtud de Real orden de 4 de Octubre de 1844; y por otra de 6 de Diciembre del mismo año fué adjudicado al ramo de Guerra todo el convento, con inclusión de la parte baja que ocupó dicho café, excluyendo sólo la iglesia y dependencias de la parroquia. Un particular compró en 18 de Mayo de 1844 la parte comprendida en la calle del Barquillo, con vuelta á la plazuela del Rey; otro, por cesión de la compañía de abastecedores de hielo y nieve, obtiene una parte compuesta de huerta, dependencias y edificios anejos á ésta, que comprende una superficie de 45.702 p. es. otro particular tiene un patio exterior, que sirvió de rectorio, cuyo patio está situado entre el jardín que fué de Cervantes y la mencionada porción de la calle del Barquillo. » *Diccionario*, tomo x. pag. 572.

Campeaba entre los mejores edificios religiosos de Madrid el convento de *San Felipe el Real*, fundado en 1547, y colocado donde hoy está la primera casa á mano izquierda de la calle Mayor. Su hermoso claustro, de piedra, con veintiocho arcos en los dos cuerpos, del más sencillo de los órdenes arquitectónicos, era una de las mejores obras de su clase. Habían, además, cobrado fama sus gradas y su lonja, como la tenía por muchos títulos tan hermosa y santa casa. Por encima de ella pasó, sin embargo, la piqueta destructora, privando á un tiempo mismo á la piedad de un hermoso centro, y al arte de uno de sus mejores monumentos.

Notable era también el convento de *San Felipe Neri*, derribado á pesar de la Academia de Bellas Artes que reclamaba su conservación, y al que han sustituido en el lugar que ocupaba, primero un pasaje y luego un establecimiento de baños; profanaciones y transformaciones gratas á los revolucionarios, cuando dan por resultado la desaparición de los templos.

Por mano de Felipe II se dice trazado el plano de la *Santisima Trinidad*, en Madrid, y elegido el sitio para su erección en la calle de Atocha; y en verdad no le faltan al claustro y á la magnífica escalera recuerdos de su contemporáneo el Escorial. Años hace que la revolución se apoderó de él: la iglesia, cortada en su altura por un piso de tablas, fué teatro, y después vino á ser ministerio de Fomento, á fuerza de dividirla y subdividirla en habitaciones con tablados y tabiques. Confesemos que un ministerio instalado dentro de una iglesia arrebatada al culto, es un espectáculo bien poco edificante en una nación religiosa y en un Gobierno católico. Por desgracia, hay en la Corte otro espectáculo todavía más repugnante en su género.

Nada diremos del suntuoso *Monasterio de las Salesas Reales*. Y no en verdad porque no haya mucho que decir, sino porque dejamos al buen juicio de los lectores lo que ellos tienen á la vista. Todavía resuenan en nuestros oídos las sentidas quejas del ilustre defensor de las religiosas al ser lanzadas de su santo asilo; y todavía se levanta el sentimiento de la indignación; no sólo en el pueblo madrileño, que lo abraza muy profundo, sino hasta en los Cuerpos colegisladores, para protestar contra el despojo que entonces se llevó á cabo, y cuyas vicisitudes posteriores se resiste la pluma á trazar.

Era el templo más antiguo de Barcelona el de *San Miguel Arcángel*, y, como *Santa María* en Madrid, la iglesia ó capilla del Ayuntamiento. Se había erigido sobre otro romano, y tenía, como obra de arte, notable mérito. La revolución de 1868 lo derribó.

Años antes, en la tristísima época de 1835, habían sido incendiadas tres iglesias con sus conventos: la de *Nuestra Señora del Carmen*, de religiosos calzados; la de *San José*, de religiosos descalzos, y la de *San Francisco*, ó San Nicolás de Bari, de religiosos franciscanos. En las dos últimas era la iglesia del arte ojival.

Azotada Valencia, como otras capitales de España, por la desamortización y sus fautores, ha visto destruirse ó profanarse magníficos edificios religiosos. En el interior, debemos citar á *Santo Domingo*, con sus espaciosos claustros, sus tres grandiosas capillas y su rica biblioteca. Allí vivió y obró muchos prodigios San Vicente Ferrer, y estuvieron también San Luis Beltrán y el cronista Diego. Hoy ocupan el convento las oficinas militares, y de las tres capillas existe sólo una, que con justicia llama la atención de los viajeros.

En ruinas está hoy allí el convento de *San Francisco*, donde se dice que habitó algún tiempo el santo fundador, y donde hubo varones insignes en santidad y letras. A esta casa perteneció San Luis, Obispo de Tolosa.

De *Nuestra Señora de los Remedios*, convento de trinitarios calzados, salió en Valencia la última expedición para la redención de cautivos cristianos en Argel, Túnez y Mequinez. Gran parte de este convento lo ocupa hoy la artillería.

En mercado está convertido el convento de la *Merced*, que era muy capaz y con buena iglesia, y en que vivieron algún tiempo San Ramón Nonnato y San Serapio.

*San Miguel de los Reyes*, suntuoso monasterio de Jerónimos en las afueras de Valencia, de severa y gallarda construcción. Situado en una hermosa planicie, se deja ver de todas partes, atrayendo las miradas del viajero.

JOSÉ MARIA ANTEQUERA.

(Se continuará.)

<sup>1</sup> Se publicaba este hecho en 1867.



LA OBRA DE ERNESTINA.

## MISCELÁNEA

Para evitar los robos en los trenes, que se van repitiendo con harta frecuencia, se ha ideado en Francia un procedimiento muy sencillo y económico, pues el transformar los coches aislados en coches corridos supone enormes gastos, que consiste en la novedad de que los coches que forman los trenes lleven desde la altura de la cabeza del viajero sentado un cristal no empañado, á través del cual pueda verse desde un coche lo que en el otro sucede.

De este modo los viajeros nada podrán temer de los ladrones y asesinos.

La *Gaceta* acaba de publicar la estadística formada por la Dirección general de Establecimientos penales correspondiente al mes de Octubre último. De dicha estadística resulta que hay en España los siguientes establecimientos penitenciarios, y en cada uno de ellos los penados que se indican:

Casa galera de Alcalá, único establecimiento en toda España para mujeres, 755; en el penal de hombres en Alcalá, 1.019; Alhucemas, 82; Baleares, 207; Burgos, 1.117; Cartagena 1.933; Ceuta, 2.092; Chafarinas, 136; Granada, 956; Cárcel Modelo de Madrid, 502; Melilla, 433; Ocaña, 997; Peñón de la Gomera, 94; Santoña, 791; Tarragona, 944; Valencia (San Agustín), 1.135; Valencia (San Miguel), 1.344; Valladolid, 1.319; Zaragoza, 1.582.

Las edades de que hay más penados son por este orden: de 20 á 25, 4.139; de 25 á 30, 3.357; de 35 á 40, 2.416; de 30 á 35, 2.149; de 40 á 45, 1.388, y menores de 20 años, 812. En las penadas abundan más las de 20 á 25, las de 25 á 30 y las de 15 á 60!

En cuanto á la instrucción, la estadística da el siguiente resultado: son más los penados que saben leer y escribir que los que ignoran ambas cosas. De los primeros hay 8.731, y de los segundos 6.673; que tengan instrucción superior hay 258.

Los delitos por que hay mayor número de penados son: por homicidio, 6.476; por robo, 3.303; por lesiones, 1.812; por hurto, 1.094; por asesinato, 678, y por atentado contra la autoridad y sus agentes, 648. Entre las mujeres, los delitos más frecuentes son: hurto, por el que hay 262 penadas; por robo, 96; por homicidio, 69; por infanticidio, 67.

Las provincias que dan mayor contingente á la población penal, son las de Málaga, Zaragoza, Granada y Alicante, en cuanto á hombres; en cuanto á mujeres, las de Madrid, Zaragoza, Cuenca y Oviedo, y las que menos, las de Canarias, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, en hombres, y en mujeres, las de Jaén, Vizcaya, Baleares y Huelva. El total de penadas y penados era en 1.º de Octubre último de 17.498.

El Observatorio de Montsouris ha publicado un resumen de las investigaciones sobre la presencia de organismos microscópicos en el aire atmosférico, del cual resulta que en cada metro cúbico de aire se contiene el número de bacterias siguientes:

Océano Atlántico.....	0,6
Altas montañas.....	1
Salones de los buques.....	60
Alto del Panteón.....	200
Parque de Montsouris.....	480
Calle de Rivoli.....	3.480
Casas nuevas de París.....	4.500
Casas viejas de París.....	36.000
Hospital de la Pitié.....	79.000

Hablando de los temores, que ya van generalizándose, sobre una nueva invasión cólera en el verano próximo, dice un periódico:

«Si durante este invierno se extingue absolutamente todo foco, es de esperar que 1886 borre los recuerdos de 1885.

Si, al contrario, persisten los focos, aunque en estado benigno, insignificante, casi latente, es muy de temer que la primavera próxima vea reproducirse las escenas de luto de la última.

Nadie sabe si sucederá lo primero ó lo segundo, y por tanto, es deber estricto de todas las autoridades el precaverse.

Las lecciones de la experiencia en nuestro país durante el último verano son elocuentes. Nada más fácil que aprovecharlas.

Los hechos han demostrado cuáles son las medidas preservativas más eficaces.

En todas partes donde las condiciones higiénicas eran buenas, ó donde para remediar deficiencias se practicaba debidamente la desinfección, la epidemia se contenía. En donde todas las condiciones falta-

ban, la epidemia alcanzaba proporciones espantosas.

Conservar pura el agua, impedir la comunicación del gas de alcantarillas y retretes con calles y casas, prohibir que nadie habite cuartos sin ventilación directa, son las medidas que la experiencia recomienda.

Hasta qué punto se desprecian en tiempos normales, se ha visto en mil ocasiones este verano. Al pronto se puso un correctivo; pero calmada la epidemia, empezamos con nuestra habitual incuria á dejar volver las cosas al antiguo estado, permitiendo, por ejemplo, el Gobierno civil que la fábrica de Rascafría vuelva á contaminar el Lozoya, cuyas aguas bebe todo Madrid.

A ese paso, nos exponemos voluntariamente á una recrudescencia del cólera en el verano próximo.

Es preciso que no se cometan temeridades semejantes, sino al contrario, aprovechar la tregua del invierno para poner todas las poblaciones de España en estado de defensa.

No es sólo el cólera el que nos amenaza. Todas las enfermedades contagiosas hallan el campo admirablemente dispuesto para extenderse, cuando se desprecian, como aquí, las reglas elementales de la higiene.

España tiene la mortalidad más elevada y el término medio de la vida más corto de Europa. Mientras así suceda, la escasez de población nos seguirá privando en el mundo del rango que nos pertenece.»



Doña Josefa Encina, Comendadora de Santiago, falleció el 11 de Enero de 1886.

Rogamos á nuestros lectores que la encomienden á Dios.

R. I. P.